



REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas y Documentos.

TOMO SEIS



Editor: J. GARCIA MONGE
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1923

CONTENIDO DEL TOMO SEIS

AUTORES Y ASUNTOS

- A un amigo impaciente, p. 287.
Acerca de la Psicología de la Quinta Conferencia Pan Americana, p. 368.
Algunos párrafos del Mensaje del Excmo. señor Presidente de la Rep. Argentina, p. 78.
Alianzas intelectuales, p. 317.
Alomar, Gabriel.—El gobierno como sistema impulsor, renovador, educador, p. 65.—¡La oportunidad!, p. 90.—La piedad civil, p. 112.
Altamirano y Viera, N.—Los nuevos ricos, p. 117.
Alvarado Q., Alejandro.—W. G. Harding, p. 289.
Andrenio.—Formas de patriotismo, p. 124.
Araquistain, Luis.—El farol, p. 341.—La fascinación del Atlántico, p. 353.
***.—Romanticismos de adolescente, p. 47.—El enigma de la fuente, p. 128.—El problema nacional, p. 182.
Azorín.—La propaganda sanitaria, p. 72.—El Estado y la sanidad, p. 276.
- Baeza, Ricardo.—Italia latinizada, p. 371.
Barbagelata, Hugo D.—Bilbao y Lamennais, p. 5.—Carta, p. 77.
Barcia, Augusto.—Europa y Asia, p. 158.
Barcia Trelles, C.—Tchrimekudan, p. 250.
Barga, Corpus.—Delicias domésticas de T. S. H., p. 122.—Las fiestas de San Pasteur, p. 228.—Una célebre caciquesa, p. 245.—El plan del señor Bérard, p. 270.—La incorruptibilidad canina, p. 328.—La revancha de Unamuno, p. 342.—El retablo de maese Falla, p. 360.
Barreda Lynch, Julio.—La farsa pan-americana de Santiago, p. 100.
Belaunde, V. Andrés.—Democracia y Despotismo en Hispano-América, p. 361.
Bernal, Emilia.—Página lírica, p. 258.
Bilac, Olavo.—Soneto de amor, p. 230.
Blanco-Fombona R.—Rango de la literatura y de la lengua española, p. 70.—Las armas de la paz, p. 89.—Dos pasajes de «La Máscara Heroica», p. 261.
Blomberg, H. P.—Alegre canción de los aviadores, p. 229.
Bolena, Lydia.—El alma de una sonrisa, p. 56.—El colega, p. 352.
Boy.—Las conferencias de Vaz Ferreira en la Universidad de Montevideo, p. 324.
Brannon, Carmen.—Opinión, p. 296.
Brenes Mesén, Roberto.—Trébol, p. 13.—Juicio acerca «El ocaso del dogmatismo literario», p. 66.—Poesías diversas, pp. 78, 152, 208 y 350.—Nota bibliográfica, p. 128.—Juicio acerca de «El Anfora sedienta», p. 194.—Ashrama, p. 372.
Brum, Baltasar.—Solidaridad americana, pp. 8 y 46.
- Capdevila, Arturo.—Santificado sea..., p. 370.
Carazo, J. J.—Respuesta al cuestionario del *Repertorio Americano*, p. 24.—La vida de las plantas, pp. 157, 173, 224, 238, 268, y 339.
Cardona, Rafael.—Las doce, p. 163.—Contestación a la encuesta del *Repertorio Americano*, p. 212.
Carriere, C. A.—El algodón y su historia, p. 300.
Castrovido, R.—Los amigos de Galdós, p. 221.—Mártires, p. 259.
- Cestero, Manuel.—Respuesta al cuestionario del *Repertorio Americano*, p. 155.
Contreras, Francisco.—Respuesta al cuestionario del *Repertorio Americano*, p. 11.
- Chocano, José Santos.—Plan de la Epopeya del Libertador, p. 239.—Poesías, pp. 244 y 318.
- De Buen, Odón.—Antes de que se marche Einstein, p. 39.
De Carvalho, R.—Oración, p. 367.
De Galvez, P. Luis.—El ataúd de Andersen, p. 364.
De Jaramillo Meza, Blanca I.—El puñal de plata, p. 28.
De la Rosa, Leopoldo.—Al partir a Colombia, p. 151.
De la Selva, R.—Una interesante comunicación, p. 213.
De la Selva, Salomón.—Poesías diversas, pp. 22 y 244.—Discurso, p. 267.
De la Tour.—Poesías, pp. 366, 368 y 371.
De los Ríos, Fernando.—El genio alemán, p. 73.
D'Ors, Eugenio.—Glosas, pp. 169, 220, 236, 254, 337 y 365.
Declaraciones del Club Centroamericano en México, p. 183.
Del movimiento postumista hispanoamericano, p. 38.
Del Partido Liberal Georgista, p. 279.
Dell'Arno, Fiorenza.—Cartas dantescas, pp. 21 y 107.
Dengo, Omar.—Inquietud de la hora, p. 14.—Cartas, p. 32.—Reflexiones, p. 40.
Derechos de la mujer, (Quinta Conferencia Internacional Americana), p. 231.
Designación de escuelas con nombres de naciones de América, p. 48.
Díez-Canedo, E.—El último libro de Pérez de Ayala, p. 26.—Las «Huellas», de A. Reyes, p. 87.—José Ma. Chacón, ensayista sentimental, p. 321.—Dos coronaciones, (Chocano y Julio Flórez), p. 358.
Dobles S., L.—Elogio de un maestro, p. 307.
Donoso, Armando.—Karez-I-Roshan, poeta afgano, p. 7.
Dubois, A.—Intelectuales y obreros, p. 191.
- El Ateneo de Madrid y la Argentina, p. 246.
El cepillo de dientes, p. 246.
El Día de la Raza y el Comité Internacional Panamericano de Mujeres, p. 277.
El Gobierno de Colombia le ofreció el Ministerio de Hacienda a Guillermo Valencia, p. 56.
El proyecto de Tribunal de Justicia Internacional de América, p. 142.
El próximo Congreso de Periodistas en Mérida, Yucatán, p. 301.
Elizondo, V. Ml.—La hazaña heroica, p. 55.
Elmore, Edwin.—Varona, Vasconcelos, Sanín Cano y José Ingenieros, p. 92.—Unamuno en Yanquilandia, p. 260.—Nosotros y la Nueva Era, p. 345.
Estrada, Rafael.—Poesías diversas, pp. 38, 40, 47, 173, 226, 227, y 230.
Estudios universitarios (Quinta Conferencia Internacional Americana), pp. 251 y 275.

- Fabila, Alfonso.—Guaca, p. 44.—Ritual, p. 47.
 Facio, Justo A.—María del Socorro, p. 179.
 Ferrero, Guillermo.—El estado moral de la civilización de Occidente, p. 249.
 Francés, José.—Palabras de Pasteur, p. 230.
- García Calderón, V.—Carta, pp. 31 y 77.—Rabindranah Tagore, p. 102.
 García Monge, J.—A propósito del 1º de mayo, p. 33.
 Gay Calbó, Enrique.—Centro América intervenida, pp. 188 y 213.
 Gil Mariscal, Fernando.—El cultivo del hombre, p. 68.—La cuestión de la tierra, p. 167.—Lo de siempre, p. 312.
 Gómez de Baquero, E.—La vocación heroica de Portugal, p. 354.
 Gómez de la Serna, Ramón.—Calderón, el autor de moda, p. 131.—La vida, pp. 168, 229, 245 y 360.—Occidente, p. 370.
 Gorostiza, José.—Cuando se miran los faroles rojos..., p. 103.
 Gourmont, Remy de.—Invitación al fastidio, p. 183.
 Grillo, Max.—El Instituto del Café, p. 97.
- Hacia el acercamiento internacional Hispanoamericano, p. 262.
 Harding, W. G.—Proclama, 153.
 Hispano, Cornelio.—Thais, la cortesana, p. 125.—Las camisas de Bolívar, p. 347.
 Henríquez Ureña, Pedro.—Orientaciones, p. 130.
 Homenaje del *Repertorio Americano* a don Jesús Jiménez, en el primer centenario de su nacimiento, pp. 144, 134, 159 y 175.
- Ibarbourou, Juana de.—Poesías diversas, pp. 91 y 212.—La madre, p. 99.—Caperucita roja, pp. 185, 206 y 214.
 Icaza, Xavier.—Nuestros héroes y nuestra juventud, p. 283.
 Iglesias, Rubén.—La palma muerta, p. 239.
 Insúa, A.—La ternura de Galdós, p. 168.
- Jaramillo Meza, J. B.—Poesías diversas, pp. 22, 30 y 32.
 Jardines y huertos en sitios desocupados, p. 90.
 Jiménez Núñez, E.—Exhortación patriótica, p. 104.
 Jiménez Núñez, R.—Cap. X del tomo «Nociones de Higiene al alcance de los niños», p. 209.
 Jiménez, Ricardo.—Mister Harding, p. 289.
- L'Amérique Latine, p. 92.
 La moral periodística del finado Mr. Harding, p. 354.
 Lamar Schweyer, A.—La moral de Guido da Verona, p. 226.
 La penetración económica del dólar, p. 279.
 Lira, Carmen.—¿Qué habrá sido de ella?, p. 15.—En la oscuridad, p. 52.—Los niños de Pérez Galdós, pp. 225 y 292.
 Lista de contribuyentes para el pago de la deuda exterior de Costa Rica, pp. 8 y 30.
 Lo cultural y lo instrumental, p. 329.
 López, Jacinto.—Las elecciones de 1924 en Nicaragua, pp. 291 y 298.
 López Velarde, Ramón.—Teatro confiado y perverso, p. 242.—Los campesinos búlgaros, p. 359.
 Los caricaturistas españoles Sancha y Bagaría, p. 57.
 Lugones, Leopoldo.—El talismán de la dicha, p. 170.—El tesoro, p. 336.
 Luz León, J. de la—V. García Calderón, p. 193.
- Maetz, Ramiro de.—Anthero de Quental, p. 53.—La obra de Copérnico, p. 71.—La disciplina del servicio, p. 121.—Libros de caballerías, p. 243.—Un fascismo ideal, p. 304.—De España a Suecia, p. 314.
 María Enriqueta.—Paisaje, p. 152.
 Marín, Andrés.—Los caciques, p. 164.
 Martínez Suárez, F.—Marcelino García Flamenco, p. 323.
 Masferrer, Alberto.—Concordia y Pan, p. 29.—¿Será ya el principio del fin?, p. 50.—Biblioteca «Aurora», pp. 80, 93 y 118.—El fluido terrestre, p. 288.
 Mejía Nieto, Arturo.—Poesías diversas, pp. 10 y 165.
 Melisa.—La voz del Señor, p. 305.
 Méndez Calzada, Enrique.—Guachita, p. 85.—Esa endiablada cuestión social, p. 149.—¡Diablo de gringos!, p. 264.
 Mistral, Gabriela.—Carta a R. H. V., p. 3.—Una tarjeta, p. 5.—Cómo se ha hecho una Escuela-Granja en México, p. 103.—María Enriqueta y su último libro, p. 147.—El día de las madres, p. 153.—El Presidente Obregón, p. 204.—El pueblo que canta, p. 316.—Chile, p. 361.
 Murillo, Vital.—Los números complejos, etc., p. 123.—Carta réplica, p. 334.
- Nin Frías, A.—La novela inglesa, p. 275.
 Noticiario, pp. 151, 166, 182, 199, 216, 231, 247, 263 y 280.
- Ortega y Gasset, José.—Pedagogía y anacronismo, p. 17.
- Pacheco, Napoleón.—Carta literaria, p. 252.—Página lírica, p. 303.
 Pallais, A. H.—Poemas diversos, pp. 112, 151, 228, 277 y 295.—Fray silencioso, p. 174.
 Pellicer, Carlos.—Poesías, pp. 54, 163, 172.
 Penn, William.—Ignorancia, p. 77.
 Pérez Camarero, A.—Un sacerdocio cívico, p. 112.
 Pío Baroja en el teatro, p. 88.
- Pizzurno, Pablo A.—La radiotelefonía y la educación, p. 43.
 Prado, Pedro.—Chile imaginario, p. 191.
- Quental, A. de.—Sonetos, p. 192.
 Quevedo y Zuvieta, S.—La semana útil, p. 365.
- Ramírez Cabañas, J.—Página lírica, p. 274.
 Reyes, Alfonso.—Einstein en Madrid, p. 25.
 Ripa Alberdi, Héctor.—Poesías, pp. 76 y 208.
 Rivas Vázquez, A.—Costa Rica, gran República, pp. 297 y 315.
 Robinson, E. P.—Cáncer. Prevención. Curación, pp. 94 y 109.
 Roig de Leuchsenring, E.—Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos internos de Cuba, pp. 329 y 355.
 Ruiz, Eduardo.—Respuesta al cuestionario del *Repertorio Americano*, p. 333.
 Russell, Bertrand.—La maquinaria nos vencerá, p. 150.
- Sáenz, Carlos Luis.—Poesías diversas, pp. 24, 96, 112, 141 y 310.—Juicio sobre «Anfora sedienta», p. 63.—El maíz, p. 348.
 Sáenz Cordero, Ml.—La farsa del pan americanismo, p. 171.—El industrialismo y los presupuestos urbanos en América, p. 233.
 Sagot, Walter.—Un breve curso de telefonía inalámbrica, pp. 55 y 295.
 Salas Pérez, J. I.—Poesías diversas, p. 79, 163 y 294.
 Salazar, Marco Tulio.—Poemas, pp. 119 y 293.
 Sanín Cano, B.—Un humorista sudamericano, p. 127.—Posible rumbo del hispano-americanismo, p. 281.
 Sánchez Rivera, J.—Los intelectuales y la política, p. 22.
 Santacruz, Mario.—Ronald de Carvalho, p. 367.
 Segura, Ml.—Los bailes interminables, p. 256.
 Semprum, Jesús.—Disciplina y Libertad, p. 278.—El caso del Amherst College, p. 308.—El tímido capital, p. 343.
 Silva Castro, Raúl.—Palabras interiores, p. 77.—Información literaria, p. 272.
 Silva Herrera, Gilberto.—La disolución de la Gran Colombia, pp. 59 y 74.
 Silvano, José.—Una dinastía en aprietos, p. 290.
 Somoza Silva, L.—Un rayo de luz en la sombra, p. 340.
 Sonderegger, Pedro.—Lo que se ve desde lejos, p. 339.
 Sotela, Rogelio.—Reparos, por carta, p. 79.—Respuesta al cuestionario del *Repertorio Americano*, p. 237.
 Sotillo Picornell, J. C.—De cómo concebí y realice una novedosa conferencia, etc., p. 215.
- Tablada, J. J.—La extraña novela de Nita Naldi, p. 320.—¿Por qué nos ignoran los norteamericanos?, p. 372.
 Terán, Juan B.—Los maestros y la cultura, p. 81.
 Toledano Lombardo, V.—La moral de la Revolución mexicana, p. 266.
 Torres, Elena.—Liga pan-americana de mujeres, p. 22.—Liga para la elevación de la mujer, p. 64.
 Torres Bodet, J.—Poesías, pp. 199, 206 y 208.
 Tovar, Rómulo.—Apuntes, por carta, p. 51.
 Turcios Froylán.—Por la autonomía de Centro América, p. 217.
- Un Alcalde de catorce años para Nueva York, p. 337.
 Un consejo a la juventud, p. 345.
 Un español.—Sobre la unión de la raza, p. 84.
 ¿Una sorpresa de Mr. Hughes?, p. 45.
 Ugarte, Manuel.—El triunfador, p. 68.
 Unamuno, Miguel de.—El poema vivo del amor, p. 41.—Optimismo oficial, p. 58.—Renán en la política, p. 65.—Política, conciencia, p. 69.—La vida es siesta, p. 83.—Unamuno y los exports, p. 86.—Reflexiones, p. 96.—Agricultores y Ganaderos, p. 152.
 Uriarte, J. R.—Nota bibliográfica, p. 286.
 Uribe, Eduardo.—Poesías diversas, pp. 14 y 146.
- Valle, Raf. Heliodoro.—Aquella tarde con Gabriela Mistral, p. 2.—La piedra maravillosa, p. 118.
 Vasconcelos, J.—Un cable, p. 2.—Respuesta al cuestionario del *Repertorio Americano*, p. 49.—Carta a los estudiantes argentinos, p. 156.—Carta a la Juventud de Colombia, p. 202.—Invitación a los intelectuales y maestros, p. 248.
 Vidal Fabián.—La aldea triunfante, p. 236.
 Villaseñor, Eduardo.—Poesías, p. 163 y 226.
 Villegas, Rafael.—De cómo se juzgó recientemente a un muerto, p. 269.
 Vincenzi, Moisés.—Nota bibliográfica, p. 287.
- Waleffe, Maurice de.—Una unión espiritual, París-Madrid, etc., p. 132.
 Wilson, Woodrow.—El camino que aleja de la revolución, p. 313.
 Woolstein, Heylbut.—Dizionario dell'omo salvatico, p. 311.
- Zozaya, Antonio.—La cuestión de la tierra, p. 167.—El desfile, p. 172.—Las reinas de las colmenas, p. 273.
 Zulueta, Luis de.—El capital convertido en Gran Elector, p. 27.—Gobernar con tristeza, p. 29.—Los niños delincuentes, p. 44.—El orden progresivo, etc., p. 216.—Los ciudadanos de Utopía, p. 271.—¿Mintió Plutarco?, p. 332.—La igualdad ante la muerte, p. 362.

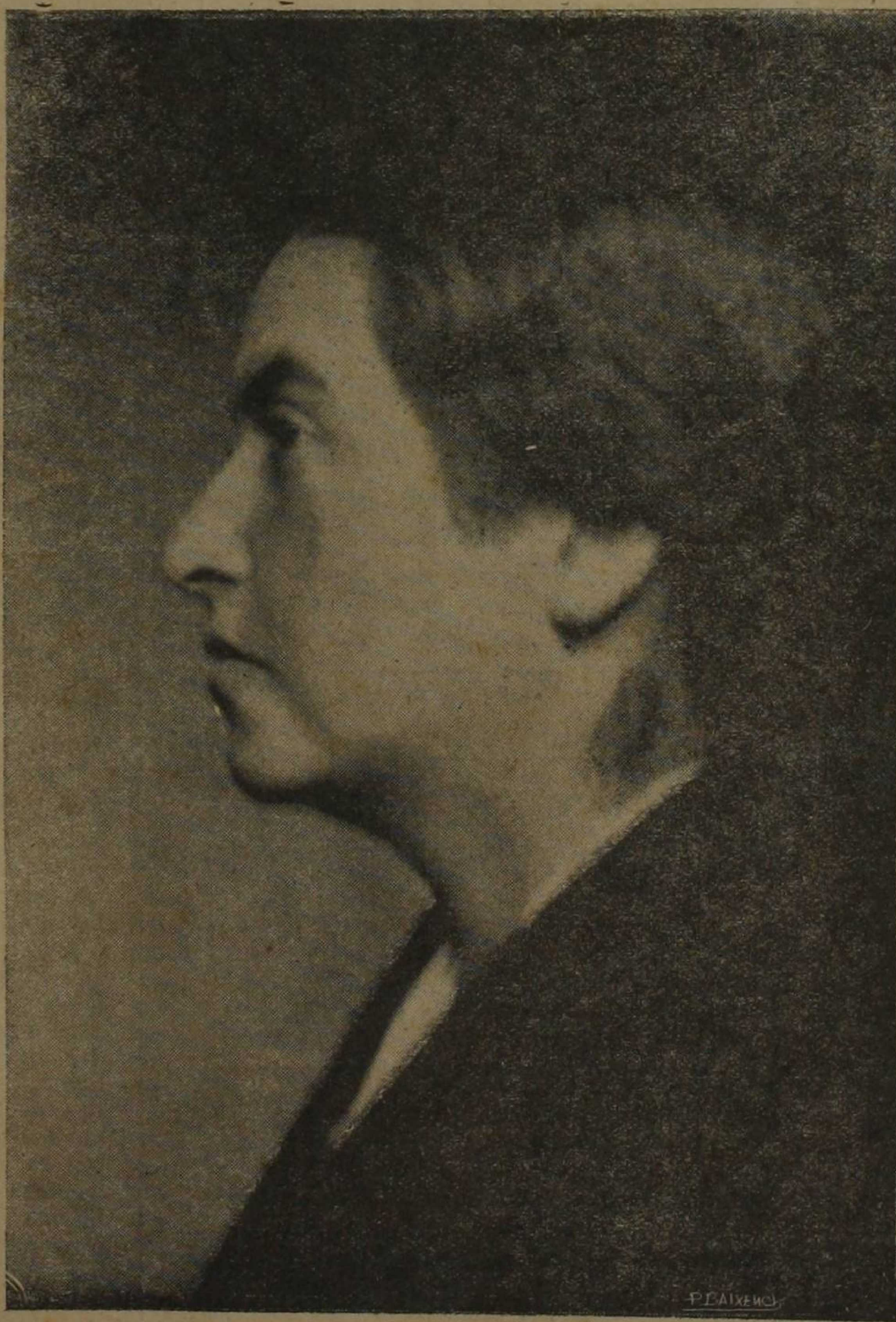
Tomo 6 **REPERTORIO**
AMERICANO Núm. 1 - 24

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 16 DE ABRIL

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA



GABRIELA MISTRAL

(Cortesía de La Escuela Costarricense).

Aquella tarde con Gabriela Mistral

ALTA y llena de sol, no se por qué me ha evocado una de esas montañas andinas que ví en un libro de estampas: montañas a la apariencia con frialdad y hosquedad, excelsas de más allá, pero cuando uno se acerca, qué dulzura contenida, y de pronto el paso de un cóndor familiar a las nubes. En su rostro tostado hay la iluminación cordial de la sonrisa; en los ojos de un verde doloroso y trémulo, se ahonda el negror del mirar; por la frente vuelan misericordias de alas abiertas, se apaciguan las cóleras del mar íntimo; y en la melena, que se parte en dos bandas al desgaire, se desmayan hurafieces de pájaros que con sólo tocar la tierra casta de las sienas hacen más pura su melancolía. Ella me habla con orgullo de su sangre de india aymará, que le da la dulce desolación de ciertos parajes; y cuando volvemos a contemplar el mediodía en el valle mexicano, le parece que los volcanes se hallan burilados, y piensa en el verde sombrío del trópico frío de su tierra.

Es tibio el mediodía, julio está gris. El automóvil nos lleva a la posada de San Angel, y esto le impide la alegría de andar, como ella dice. Al ver la nieve de los volcanes, se acuerda de los paisajes del sur de Chile, donde todo es alucinante, y de repente la luz envuelve las cosas en un velo azul y violeta que parece de sueño.

—Nosotros tenemos la araucaria; hay momentos en que nos falta la luz. Yo necesito de ella. Casi todo lo que he escrito ha nacido al amor de los Andes. En el sur yo no puedo escribir. Estaba como aturdida, adormecida... Por eso siempre he delirado con este paréntesis de trópico. Aquí me siento como convalesciente...

Entramos a la posada. En los tejados gritaba el frenético rojo de las bugambilias y yo hablé de Cuernavaca en donde también hallará un recodo como ése, un patio así, la sombra de tejados alegres, el rumor del agua antigua y esas enredaderas que expresan dolor de almas...

Con ella nos sentamos a la mesa: Palma Guillén, su secretaria la señora Soro de Baltra, Vasconcelos y Genaro Estrada. Vió el paisaje con esos sus grandes ojos quietos, de niño sublime, y me habló entonces de Jalapa, donde yo bien sé que las flores, las mu-

jes y los niños, se disputaban para abrazarla.

—Todo aquí en México es lindo!— comentó—. Las cosas feas andan escondidas.

En la mesa ardían los heliotropos y las rosas insignes y parecían celebrar su onomástico el mango, la piña y el durazno. Hablaba lentamente, comía con dejadez, rechazó el vino y la vianda, sonreía con toda su alma y como al hablar hace poemas en prosa, y nadie se hubiera atrevido a empañar la ternura del momento con el horror de un brindis o una recitación de esas con que a otros está reservado atormentarla, todos comprendíamos lo que ella alguna vez dijo: «somos vasos con sed».

Hablamos de las ciudades de nuestra América con ella que ha vivido siete años refugiada en un pueblecito de la cordillera y que cuando bajó a Santiago se asustó. Hay ciudades a las que no volveremos jamás, porque les hemos dado la bendición al despedirnos... Vasconcelos refirió que eso le había pasado con Nueva York y que ahora iba a ser castigado.

No recuerdo quién dijo (y esto sin molestar al peruanísimo Porrás Barrenechea):

—Lima, la todavía virreinal, que adormece como el opio a los que allí llegan y de quien huyen los que todavía están vivos. Sus casas próceres,

sus balcones heráldicos, su gente pulidísima y aquel aire adormitado, pero su río lleno de gatos muertos que el invierno limpia y lleva al mar.

Ella agregó:

—La Habana, donde no se sabe qué es mejor: si el mar o el pan. Villaespesa me ha hablado mucho de Guadalajara.

Palma interrumpió:

—Pero no olvide que tenemos que visitar Querétaro y Oaxaca, y si hay tiempo verá usted una mañana con neblina en el lago de Pátzcuaro.

—Y a Puebla también— añadí— pues le encantaría como si viese uno de esos cántaros que usted hace cantar en sus poemas...

—De esos cántaros—concluyó ella— en que el alfarero deja enseñando el barro, para que el cántaro se acuerde de que también es materia.

En las copas se tranquilizaba el vino blanco, pero ella prefirió el agua clara. Trajeron el pastel de fresas y el helado y como estábamos en el reino amoroso de las frutas, ella exclamó casi alborozándose:

—Las frutas me parecen el corazón del trópico. Cuando yo veo una piña, la mimo, la acaricio, la beso, y me la como con la fruición que debe tener un animalito... ¡Qué cosa tan hermosa es una fruta!

Por vez primera la señora Soro de Baltra conocía los mangos. Gabriela, como una chiquilla, paladeaba aquel postre del Paraíso. No sé por qué se me ocurrió recordar entonces la «Oda a la Zona Tórrida», de don Andrés Bello:

*Tú das la caña hermosa
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los
[panales.*

Y todos convinimos en que si los versos no son malos y acusan al humanista meticoloso, la Oda no es sino un inventario empalagoso.

Me atreví a insinuar:

—Pero en el Antiguo Testamento también se abusa de la enumeración. Basta recordar que del templo salomónico habla con minucia de cada una de las maderas y de las piedras preciosas que emplearon carpinteros y lapidarios.

—Pero no es lo mismo hablar de la chirimoya, la tuna, el mamey y el zapote prieto, que decir «áloe», «zafiro», «mirra», etc.

—Pues sí serviría de algo la Oda, porque si nuestra América desapareciera por una travesura de la Geología, (la América del Sur—aclaró Gabriela—es decir desde México

Un cable del Lic. Vasconcelos

Gabriela Mistral no podrá venir ahora a Costa Rica

México, 56. We fecha 21.

Joaquín García Monge

San José, Costa Rica.

Teniendo noticias prepárase recepción en ésa a Gabriela Mistral, permítome comunicarle que por gestiones nuestras, eminente poetisa ha consentido permanecer dos años entre nosotros dedicada a su labor educativa, habiendo firmado correspondiente contrato. Me consta tiene vivos deseos visitar Costa Rica, pero por ahora no podrá hacerlo, por razones indicadas. Afectuosamente,

J. VASCONCELOS.

hasta Chile, que es como yo sé mi Geografía), de algo serviría la Oda, porque los sabios de Europa podrían así saber qué frutas había en el trópico en tiempo de don Andrés...

—A este don Andrés—dijo ella—que tradujo la «Oración por Todos» de Víctor Hugo, no le podemos perdonar en Chile lo mal que se portó con Bilbao. Don Andrés, que era Senador, le tenía envidia a aquel hombre que era el más atrevido intelectual nuestro, pero como aquél era amigo de los capitalistas, no quiso salvar a Bilbao, a la hora del destierro, él, que era el único que podía.

—Pues no olvide—repuso Estrada—que varios de nosotros hemos aprendido a conjugar según la nomenclatura de Bello.

Vasconcelos, incisivamente rápido, advirtió:

—Ahora ya no le pongo a una de las escuelas el nombre de don Andrés. Con eso que usted nos cuenta, ya no... Mejor será el de Montalvo, o el de Martí.

—Qué mal he hecho en hablar así, pero hay que decir la verdad—repuso Gabriela—. Martí es una de las voces que me han formado. Raras veces se presenta ese caso: el de un hombre de ideales, de acción, que hace obra de arte y hasta versos maravillosos, él, cuya vida fué un verso sin mancilla. Pero no hablemos de versos...

—Ya veo que los periodistas han dicho la verdad, ellos que pocas veces la dicen.

—Pues algunos han creído en Sud América que todo eso es «pose» mía. Cuando afirmo que me interesa más mi labor de maestra, no lo creen. La poesía se siente, pero no se discute. La poesía es en sí, pero el profesorado es algo humano, y también es poesía, es acción, es ideas en marcha. A mí me llama más la atención una alma que lo que ella dice en verso: hay almas más interesantes que lo que de ellas sabemos por medio de las letras de molde... En Cuba, por ejemplo, conocí a Raquel Catalá, sin renombre, pero qué criatura, tan alerta, tan atenta; se diría que escucha con los ojos y los labios. Cuando yo me despedí de ella fué con pena, porque hubiera deseado que hablásemos siquiera dos días. No parece cubana: más bien una mujercita de mi país, por la apariencia quieta, por el alma ardiente pero llena de dignidad.

Vasconcelos dijo:

—Yo tengo trabajando conmigo dos tipos de mujer: la que es intelecto puro, espíritu crítico que me sirve de mucho para la cátedra, y la otra que es acción, a quien nada le importa la literatura, el Arte, sino la vida y que yo llamo una «santa láica». Aquélla

no cree que hay en el mundo unos brazos misericordiosos que invisiblemente nos suspenden cuando estamos próximos a caer: sería incapaz de sacrificarse a favor de una empresa humana.

La aludida interpuso un comentario sobre sus días de Italia, para desviar

la conversación, y después de ponderar las maravillas del agua, la piedra y el aire, y de afirmar que allá hasta los tipos humanos parecen lienzos de los pintores célebres, habló de las ciudades.

—Ya lo ve—añadió Vasconcelos—el estilo, la preocupación del estilo; eso le atrae, eso es lo que vió.

—A mí me interesan más—exclamó Gabriela—los frutos de América que sus ciudades, porque una ciudad pues es una cosa vasta, múltiple, eso ya lo sabemos.

Estrada recordó a Vasconcelos que también él gustaba del estilo y que eso de atacarlo era una forma de realizarlo: su discurso reciente sobre Dante es un argumento a maravilla.

—Ya el estilo es algo. Yo he sufrido mucho para lograr cierta sencillez—decía Gabriela con su hablar lento y desdeñoso.—Pero siempre se nos conquistará con la música. Yo no creo que el verso, para el caso, vaya a desaparecer: es cierto que exige una concentración mayor del pensamiento, que es más limitación; y cuando he escrito «poemas en prosa», ha sido por pereza.

—Usted ya tiene un libro con sólo ellos. Aquí se ha dicho que viene a editar varios libros suyos,—insinué.

—Le han dicho mal. Yo tengo serio compromiso con mi editor chileno, quien tiene la propiedad exclusiva de ellos, menos la del que pronto, en agosto, me publicará el Instituto de las Españas de Nueva York, y que he titulado «Desolación», prosa y verso. No sé... tengo también unas «Rondas de Niños», que acaban de dar a conocer en «El Maestro»; y si yo hallara aquí un músico que me ayudase! Querría también escribir un libro de lectura en compañía de María Enriqueta, pero para niñas, porque en América seguimos en la creencia de que el mismo libro debe servir a mujeres y a hombres. ¿Qué es de María Enriqueta?

—Acaba de publicar «El Secreto», una novela. Verá usted qué simplicidad. Ya eso es definitivo. Usted y ella se parecen en muchas cosas. Ahora vive en Madrid y ha anunciado otro libro de poemas.

—¿Usted la conoce? Sé que la han olvidado, no los intelectuales, sino los otros y que no le ayudan a vivir en Madrid, y eso es cruel. Pues le decía, Valle, que Maturana me ha escrito música ¡y qué bien! Allá en mi país algunos me censuran que yo escriba para los niños y dicen que yo gasto mi tiempo inútilmente. Armando Donoso me lo reprochó una vez, pero Pedro Prado (que es casado y tiene cinco niños) me vengó y yo le respondí a Donoso que aunque se me diga que son chocheos, yo seguiré escribiendo para los niños. Hagamos obra que

México, a 9 agosto 1922.

Señor Rafael Heliodoro Valle
El Universal Ilustrado.

Ciudad

Distinguido poeta:

Por tantas ocupaciones de estos días, no he podido hacer la rectificación parcial de su entrevista, fina y amena, publicada en el Ilustrado.

Contiene ella varios errores, uno leve y dos graves. (La charla bullente del grupo ha tenido la culpa de estos yerros).

1º Al hablar de don Andrés Bello, dije yo que le respetaba pero no le quería, por no haber defendido o escudado con su alta autoridad moral a FRANCISCO BILBAO,—figura ésta de la democracia de mi país, que yo admiro calurosamente. Don Andrés desde su alta situación intelectual y social no podía envidiar a FRANCISCO BILBAO, muchacho, desconocido, pobre.

2º Cuando usted me aludió a los entretenimientos populares de aquí, entre otros a las corridas de toros, y me preguntó sobre el pueblo chileno y su alcoholismo, le contesté con mi franqueza de siempre que el vicio dominaba todavía a nuestro pueblo; pero no agregué palabra alguna que dijera falta de fe en su porvenir. Usted me lo ha oído otras veces: de las clases sociales de mi país, debo a la aristocracia una protección generosa: la de su defensa cuando se hizo campaña contra mi nombramiento para un liceo; pero la clase dentro de la cual me siento, aquella de la que espero más y a la que amo de corazón es la clase obrera.

3º La otra rectificación es de menor cuantía: su servidora hace versos, pero no lleva melena... (Agrego este detalle sólo para quitarle gravedad a las rectificaciones anteriores).

Mil gracias por las exquisitas gentilezas del artículo.

Un saludo cordial de su compañera.

GABRIELA MISTRAL

quede, pensemos en los humildes, limpiemos nuestra alma de soberbia.

Las frutas de la estación aprobaban con un comentario de dulzura risueña. Gabriela encontró secretos en el pastel y en el helado y luego, abriendo los dulces ojos, añadió:

—Sólo por las sandías yo querría que Tacna no fuera de los peruanos...

Mondando una pera, de aquellas que servían de inspiración a los monjes descalzos, Palma Guillén repuso:

—Hay frutas que saben a aguacero, y otras que huelen a mes de agosto, a tarde tibia...

—Y a sonrisa de niño—agregó Gabriela.

Eso me suscitó la evocación del verso de Jammes, que González Martínez tradujo:

«entre melones de oro, bajo la Primavera».

—¿Se imagina usted, Valle, un libro de lectura para niñas, con todos esos temas del campo y de la canción? Yo ya no quiero hacer más poesía dolorosa. Le voy a dar para «El Universal» del domingo un poema, que es el último grito de mi poesía desesperada. Ya es tiempo de aquietarse, de serenarse: se encienden lámparas, el agua tiene un color de paz, y si yo persisto en esa actitud parecerá que es «pose» y yo detesto la «pose»: por eso me enfada que se me quiera retratar con un libro en la mano o escribiendo. Yo he visto algo de la vida, pero sé poco. Eso de la erndición me asusta. Hablemos más bien de las rondas de niños y de las canciones de cuna.

Ahora comprendía por qué algunas gentes asustadizas, que escriben crónicas, la van a visitar con curiosidad.

—Todos los países—prosiguió—tienen la canción de cuna artística y sólo en nuestra América Española la tenemos trivial y fea: hay que depurarla, clarificarla.

—En Chile es donde más se ha hecho en asuntos de folk lore. Y hasta he encontrado la semejanza de un mito de los araucanos con una creencia de los indios de Centro América: un ojo de agua quiere decir que cerca vive una culebra, y si ésta muere o la matan, el agua también se muere.

—¿Y dónde conseguir,—preguntó ella—las leyendas de México, un libro que me vaya orientando?

Le sugerí la obra que acaba de editar la Secretaría de Fomento bajo la dirección de Manuel Gamio, y el Ilhuicamina, que ha inmortalizado Montenegro, en un vitral nos llevó de la mano hasta el cielo inefable en que vive y reina el Padre Sahagún.

—No crea que leo mucho: me leen de noche. Algunos no se explican por qué no les contesto las cartas. Figúrese: allá en Santiago, el día se me reparte en labor del Liceo de las 8 de

la mañana hasta las 5 de la tarde, y cuando llego a casa, estoy muy cansada, casi deshecha. Mi madre vive en La Serena, por exigencias del clima, y cuando quiero verla voy a Coquimbo y la hago una señita y ella viene. La Serena es una ciudad de beatas.

—Ya sabía—argüí—que usted no cree en las beatas, pero que cree en Dios.

—¡Pero si hasta se ha dicho que he querido tomar el hábito franciscano! Sólo que yo no creo en que el signo visible es preciso para poseer la gracia invisible.

El nombre del Padre Margil nos oreó como una brisa en la floresta.

—¿Sabe, Gabriela, que el P. Margil tenía como usted la alegría de andar, pues fué desde California hasta Costa Rica?

—¿La California? ¿La única tierra que, según sé, es lo único que tienen los yanquis, como fué de México?—interrumpió.

—Pues el Padre Margil, por donde iba cantaba: así, cantando un «Alabado» que todavía repiten los indios a la caída de la tarde, cuando suspenden sus labores...

—¡Ya usted ve! La melodía del verso, las almas oscuras que se alegran cuando cae esa luz... Allá en Chile tuvimos al Padre Valdivia que también es inolvidable.

—No sé por qué he pensado en el Padre Margil. Y me figuro que usted tiene mucho de aquel gran espíritu y que él como usted tenía la voz de maitines, pareja, pero con una voluntad que hacía manar agua y aceite de las rocas. Si hubiera vivido en el desierto, habría vendido arena para no estar de ocioso. Únicamente que él sí escribía muchas cartas al día, no tuvo la inteligencia mágica de yo sé quién...

—Todos tenemos la influencia de alguien, pero debemos conversar sólo con uno o con dos, porque cuando yo hablo con muchos a la vez en un día, me parece que no he hablado con nadie.

*Quiero a la sombra de un ala
contar este cuento en flor...*

(Martí, Margil... era la grata resonancia en mis oídos).

—Cuéntenos un cuento de su país. Ya nos dijo que no hay toros, ni deportes nacionales como en México, y que el «rotito» chileno bebe mucho y no da esperanza de hacer algo.

—¡Y sin embargo, qué nacionalistas somos; mejor dicho, yo soy la más nacionalista allá, y por eso me apenaba que en el Callao algunos me llamaran «la chilena». Sólo que allá en mi país no todo está nacionalizado como en Francia, donde hasta la Virgen de Lourdes lo está («se vende

agua milagrosa», etc.) El lema de los chilenos ya lo saben: Por la razón o por la fuerza... (El mito, repuso Vasconcelos).

El aire era una caricia resplandeciente. Más allá se erguían, labrados en plata de fábula, los volcanes. Estaba floral y pasajero el Valle. De pronto, alguien, y no se sabe por qué ni cómo, inició relatos de cuentos con uno en que aparece una tarántula.

—¿Conoce usted la tarántula?—preguntó a Gabriela.

—No la recuerdo bien. Las conozco mucho de nombre, y hasta me las han presentado, pero tengo tan mala memoria... Voy a contar a ustedes un cuento vivido, algo que me pasó: Yo trabajaba en ese pueblecito de que le he hablado tanto, Los Andes, pero vivía fuera de él, en un monte, acompañada de dos criadas, y había un guardián que me salía al camino a darme los buenos días. La directora de la escuela era de parecer que yo viviese en el pueblecito para no tener tanto que caminar, pero yo le prometí que sería la profesora más puntual. La víspera del día que iba a comenzar mis labores, advertí a la india que la primera que se levantase temprano, despertaría a la otra. Me retiré al piso de arriba cuando todo estaba envuelto en esa calma de los Andes. Dormimos. Pero cuando desperté, ví que había mucha claridad afuera y llamé a la muchacha: ella encendió lumbre para hacer té, «me desayunó», y le dije que sacara el quitasol porque esa mañana estaría ardiente. Nos pusimos en marcha y el guardia del camino nos preguntó a dónde íbamos tan de mañana. Le expliqué todo y él se rió: «Pero si es la luna, señorita, y serán las dos de la mañana». Cerré mi quitasol y nos volvimos a casa, a seguir durmiendo. La directora rió mucho cuando le conté lo sucedido y desde entonces me llamaba «la del quitasol bajo la luna».

Así fué el cuento de Gabriela. Es una parábola que conmoverá a muchos corazones sin maldad, capaces de elevarse hasta su alto sentido humano. He pensado en Pedro Prado el de «Las Pataguas». Yo no la oí, ni aquella tarde, ni otras después, hablar de cosas torvas ni decir mal de nadie: cuando ha aludido a alguien, por quien tal vez no tiene simpatía, ha hecho tan discreta la herida, que al segundo se la ve cicatrizar con el aroma del dardo «¡Tanta palabra airada!», exclamó ella una vez. Lo más que le oído decir de un escritor es lo siguiente: «Hace malos versos, pero es tan simpática su persona!»

—No crea—me dice—han exagerado: lo que yo he hecho es poesía dolorosa, pero ya me estoy aliviando.

Y en seguida, no sé por qué:

—Lo que no está bien en mi país es que no tengamos un poeta que sea total: Colombia tiene a Valencia, Perú, a Chocano; aquí, Díaz Mirón, González Martínez. Yo voy a hablar en una conferencia sobre los poetas nuevos de allá: uno que hubiera sido mucho es Pezoa Véliz; el más popular, según el plebiscito, es Daniel de la Vega, el de «Las Montañas Ardientes»; y sobre Prado, a quien mucho quiero por su limpieza de espíritu, está escribiendo algo Castro Leal, y lo que ustedes no saben es que los dos se reúnen a leer lo que va escrito y que se ríen. ¿Y los de Centro América?

—Un día de estos le voy a presentar a Arévalo Martínez, Guillén Zelaya, Wyld Ospina, Robleto y hay un Padre Pallais que le llamará la atención.

—Los poetas de allá —repuso— se distinguen por eso: por la movilidad, por lo cambiante, por el color. Darío era en eso muy centroamericano, Chocano parece de allá...

—En Costa Rica la esperan desde hace muchos días. Hasta hay —añadió— una suscripción nacional de los maestros y de los intelectuales para que usted vaya.

—Iría si se arreglasen ciertas difi-

cultades que podemos vencer. Quiero visitar la tumba de Rubén. ¿Ustedes saben, Rubén me hizo entrar en mi país cuando publicó un cuento mío en «Elegancias». Allá en Costa Rica tengo un amigo: García Monge, el que con su «Repertorio Americano», como Turcios con «Esfinge», ha hecho mucho por la publicación americanista. Yo leo totalmente el «Repertorio» y en Sud América nos hace mucho bien.

Con su voz discreta, apenumbando toda emoción, matizando lo que dice con eso que tiene lo que ella ha llamado «el paisaje fino de México», Gabriela Mistral es humilde y orgullosa como el lirio y quieta como el campo en que todos tenemos el derecho divino de sembrar o de cortar una sonrisa; y es a la vez imperiosa y misteriosa, como la estrella de la tarde.

Aquella vez, cuando la luz era una bondad y el aroma un delirio, charlando con Gabriela, que, estaba como nunca llena de sol, me sentía como en el poema de Juan Oruchaga, con «ganas de hacer del alma un aro azul para echarlo a rodar hacia los valles».

RAFAEL HELIODORO VALLE

(El Universal Ilustrado. México, D. F.)

Bilbao y Lamennais

EN la primera quincena del mes que acaba de terminar, los admiradores de Felicité de Lamennais, conmemoraron con una peregrinación a Bretaña, el país de su cuna, el 140 aniversario de su nacimiento. El abate F. Duine, limosnero del Liceo de Rennes, le dedicó larga biografía en un volumen de trescientas ochenta páginas. Acaso en nuestra América nadie se ocupa ya de aquel que llamara al chileno Francisco Bilbao su hijo, a ese mismo Bilbao que dió nombre al primer centro de propaganda liberal en el Uruguay y cuya elocuencia se hizo sentir hondamente en Santiago, en Lima y en Buenos Aires.

Sin embargo, el recuerdo del filósofo rebelde debe también perdurar entre los naturales de Hispano-américa, consecuentes admiradores de los movimientos revolucionarios franceses de 1789 y de 1848. La reacción, que para esas dos fechas se creyó abatida para siempre, intenta hoy levantar cabeza y sus bien organizados centros no apartan sus ojos de las tierras llenas de porvenir heredadas de nuestros antepasados. Tenemos, pues, que velar por el mantenimiento de una tradición que nos honra y, en consecuencia, no debemos perder la oportunidad de rendir homenaje a los pensadores cuya obra contribuyó en buena parte

a arraigar en nosotros ideas avanzadas y humanitarias.

«Era niño —confiesa Bilbao— cuando por primera vez supe quién era Lamennais. Salía del colegio en una tarde de verano, hora de quietud y silencio en la ciudad, abrasada por un cielo refulgente. Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrita, y al verme me dijo: he aquí, Francisco, lo que te conviene; era «El libro del Pueblo», de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra y desde entonces la luz primitiva que fecundó la «Araucana» de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del Republicanismo eterno, que recibí de mi patria independiente y con la palabra de mi padre».⁽¹⁾

Con la revelación científica que el pensador chileno menciona, nació su ideal democrático, por el que sufrió cárcel y persecuciones. Lo mismo que su padre espiritual. En sus tierras respectivas, los dos, Lamennais y Bilbao, conocieron el goce de la popularidad surgida de un apostolado y los sinsabores peculiares a los propagandistas expuestos a las veleidades de las mu-

(1) F. Bilbao, «Obras completas», (Tomo I, pág. 123).

chedumbres y a las maniobras de los directores de multitudes.

Del Lamennais más papista que el pontífice de Roma, del Lamennais del *Ensayo sobre la Indiferencia*, no se enamoró Bilbao sino del Lamennais cristiano de las *Palabras de un Creyente* y de *El libro del Pueblo*. Fueron aquellas palabras reveladoras las que inspiraron al ideólogo americano su panfleto la *Sociabilidad Chilena*, caído como aerolito sobre un país en donde una oligarquía poderosa no perdonó al autor tamaña audacia.

Es la *Sociabilidad Chilena*, la profesión de fe de un joven ardoroso de veintiún años influenciado por las lecturas de Lamennais y dueño de un estilo conciso y sonoro, raro en su época. Al presente, aquel escrito ofrece sólo un interés histórico. El prueba, una vez más, la enorme influencia ejercida en nuestra América por los intelectuales franceses, especialmente por aquellos que, aun traicionando su origen, se elevaron a las regiones más altas del pensamiento, por arriba de los estrechos límites de la patria, a la que mejor sirvieron buscando ser útiles a toda la Humanidad. Y aquí es de recordarse que aquel joven soñá-

Una tarjeta de Gabriela Mistral

GABRIELA Mistral saluda cariñosamente a su muy apreciado amigo don Fausto Coto Montero, y le dice que a pesar de su deseo de estar pronto con ustedes, su viaje a Costa Rica tiene que ser postergado por haber firmado un contrato para quedar en México algún tiempo más. Yo quiero que en ningún caso este aplazamiento vaya a ser interpretado como negativa a ir, ni como desvío. La forma en que la invitación se me ha hecho es tan honrosa y toca a mi corazón tan fuertemente, que primero dejaría de ir a Chile que a Costa Rica. Haga usted llegar, mi amigo, a todos los compañeros y especialmente a García Monge, a Carmen Lira y a Angela Acuña, estas mis palabras.

Respecto de su pedido de colaboración, van otras canciones.

Le ruego me obtenga de los músicos respectivos la copia de mis Canciones de Cuna. Se me extravió el número correspondiente de las Revistas.

Luego irán algunos ejemplares de las Rondas de Niños puestas en música mexicana. Mientras tanto, van las chilenas, que le ruego distribuir en las escuelas que usted estime conveniente.

Sabe que no le olvido y que sigo su labor con muy leal cariño.

Col. Campestre 92. San Angel, D. F.

dor, condenado por inmoral y por blasfemo y que antes de los cuatro lustros de existencia se había familiarizado con las obras de los sociólogos Vico, Herder, Rousseau, Volney y Cousin, llegó a París en la época de sus entusiasmos juveniles, no para entregarse a los placeres fáciles o a las vanas amistades de personajes célebres, sino para lo que consideraba su ideal de hombre de letras junto a sus maestros Lamennais, Michelet y Quinet.

«Salí de allí—de casa del filósofo bretón, cuenta Bilbao,—como el profeta, amando a mis semejantes, pero indiferente al mundo. Mi alma renovada como en la esencia divina, en la contemplación del bien que quiero para todos, en el amor que deseo agrandar». (1)

Por una feliz casualidad, el maestro amado y admirado a la distancia, no quitó una ilusión al discípulo. En su modesta casa de la *rue Tronchet* iba a seguir guiándolo cual a menudo lo hiciera con proscriptos de Irlanda, de Polonia, de Italia despedazadas. «Como tipo representativo de sus admiradores o de sus entusiastas, sobre los que el viejo sacerdote ejerció una influencia durable, se puede citar a Francisco Bilbao. Vino a París en febrero de 1845, con el fervor de sus veintidós años por la civilización y por la literatura francesas... Desde su segunda conversación el abate enseñó a su discípulo el cristianismo nuevo y le dijo refiriéndose al clero: *el pasado ha muerto y no resucitará jamás*. Posteriormente, el maestro precavido al joven contra los desórdenes de la adolescencia. Una vez que Bilbao le preguntó si *la castidad era un deber moral o un precepto de higiene*, el viejo clérigo le respondió con tacto y como hombre experimentado que une a la indulgencia de las palabras la austeridad de los consejos: *haga ejercicios, evite el largo sueño, no esté nunca ocioso*. Luego su discurso se volvió suave y lleno de autoridad, su cara pareció ser la del mismo Cristo a los ojos de su oyente emocionado» (2). Sin juramentos y sin promesas, se selló entonces una amistad fiel hasta la muerte, ante la que se inclinó reconocido el último en sometersele.

Desde Saint-Beuve y Scherer, hasta Brunetiére y Faguet, pasando por Renán, los más grandes críticos franceses han considerado a Lamennais gran escritor y uno de los mejores estilistas de la lengua de Racine y de Molière. Eligió bien, pues, aquel que desde sus primeros trabajos literario-sociológicos

se entusiasmó con las publicaciones de Lamennais y se propuso desarrollar sus teorías y aplicarlas a nuestra América. Nótase la influencia de las ideas y del estilo del maestro en párrafos como éste: «He aquí ese Nuevo Mundo que sólo ha dado dos veces en la historia. En la primera es mostrado a la humanidad, en la segunda es él que se muestra. Primeramente se ve a ese mundo y se le entierra, después se le ve enterrando a sus conquistadores. Nace, y afirma el equilibrio de la tierra; habla, y rejuvenece la esperanza de la humanidad en sus repúblicas. En su primer paso, extiende el mundo que pisamos; en el segundo, el mundo en que pensamos. Se le vió joven, flotando al viento del porvenir aparecer sobre la tierra como una evocación de la libertad, brillante de ilusiones, combatir como héroe y organizar repúblicas a los acentos del Contrato Social. Mas después de la victoria sintió entonces el combate interno del enemigo impregnado, sintió el peso del antiguo dominio que quedaba» (1). Sentencia de forma lamennaisiana y síntesis exacta del estado en que se hallaban los espíritus cuando, tras el triunfo de nuestra Revolución, surgieron, por un lado, los caudillos y, por otro, la fuerza de la iglesia católica, reconocida como única posible en las constituciones de las nuevas repúblicas latino americanas.

Y si, al fin y a la postre, la propaganda de Bilbao no triunfó siquiera en su propio país, como tampoco triunfara la de Lamennais en Francia, cabe reconocer que ambos, maestro y discípulo, contribuyeron de manera eficaz a formar la opinión pública, elemento principal de las sociedades modernas, base de todo núcleo que aspira a legislar para el mayor bien del mayor número. De las reformas sociales anunciadas y pregonadas por Lamennais, se han obtenido: el sufragio universal, la libertad de la prensa, la libertad de asociación, la libertad de la enseñanza y la libertad de conciencia, con la separación de la Iglesia y del Estado. No todo lo exigido por Bilbao se ha conquistado en Chile, en el que aquél reclamara en temprana hora la natural y sana ley del divorcio. Pero, sus ideas, no siempre originales, han hecho ya buen camino, especialmente en el Uruguay, donde Bilbao ha contado siempre con verdaderos admiradores. Su socialismo cristiano encontró adeptos en casi todas las repúblicas del Pacífico, cuando la falta de comunicaciones rápidas y la ignorancia de las poblaciones hacían difícil la divulgación de doctrinas avanzadas, un tanto envejecidas al presente.

(1) F. Bilbao, op. cit., pág. 76.

Uno de los buenos maestros chilenos de Bilbao, Lastarria, traza de su compatriota una biografía que podría ser la de Lamennais, a quien acusan de veleidoso en sus opiniones los que no profundizan bien su obra, que fué un continuo desenvolvimiento lógico de su propio devenir. Escribe Lastarria: «Tenía un amor que lo dominaba, el del pueblo, cuya salvación y regeneración colocaba en la soberanía. Quería el soberano colectivo, administrando sus negocios, dominando; detestaba la individualidad como elemento disolvente. Tenía un odio que lo cegaba, el del despotismo, y por eso trabajaba por la emancipación del hombre en todo sentido y se irritaba contra toda opresión. Estos dos sentimientos resaltaban y lo dominaban en la época a que me refiero (1844), lo hacían aparecer enemigo de toda autoridad, sin embargo de que amaba el orden y deploraba los males de las rebeliones; como enemigo de la Religión, sin embargo, de que era profundamente religioso y amaba el Evangelio» (1).

En la hora en que la que «el hombrecillo casi imperceptible o, mejor, la llama que el viento de su propia inquietud movía de un extremo a otro de su cuarto», dejó de alumbrar a sus prosélitos, Bilbao andaba por el Ecuador, viniendo del Perú, del que un gobernante despótico, temeroso de la influencia moral del propagandista, acababa de desterrarlo. Ambos, al verse ante la muerte, tuvieron la misma frase tranquila que el primero en pronunciarla legó, generoso, a su heredero de América: «Mis amigos—repetieron—estos son los bellos momentos». Y si bellos no fueron los últimos momentos del chileno, abatido por una terrible enfermedad incurable, bello fué siempre su gesto impregnado de entusiasmo y de socrática resignación.

HUGO D. BARBAGELATA

París, octubre de 1922.

(Pegaso, Montevideo).

(1) M. Bilbao, op. cit., pág. xli.

Club de muebles

— de —

M. Campos y Hnos.

Por \$ 5-50 se le obsequia un juego de muebles de \$ 225-00.

(1) Manuel Bilbao, «Vida de Francisco Bilbao», pág. XLIX.

(2) F. Duine, «Lamennais» (Sa vie, ses ouvrages), pág. 335.

Una superchería literaria

Karez-I-Roshan, poeta afgano

(Del próximo libro «APROXIMACIONES»)

DURANTE las amables veladas de los crudos inviernos, mientras «el tuero brillador estalla en chispas»; bajo los frescos follajes, en las tardes plácidas; al amor de los volúmenes, alineados con simétrica regularidad, en el seno de la librería copiosa y curiosa, don Sixto y Arcángel, dos buenos camaradas en el amor de las ideas, suelen renovar sus diálogos, sencillas pláticas, dilucidaciones de arraigada bibliomanía, que se dan la mano con el culto de constante perfeccionamiento intelectual.

Don Sixto, provento, grave, hombre de erudición y de sensibilidad, ha dado, en diez ocasiones, la vuelta al mundo de los conocimientos, buscando siempre ignoradas constelaciones e islas remotas. El mucho leer y el mucho cavilar no le han secado el seso, sino que siempre fueron acicate estimulante para su fantasía, que contribuyeron a ductilizar su análisis. Todo lo ve y lo observa a través de la lente de su crítica, que suele concentrar, en un solo núcleo, el haz de sus rayos luminosos a fin de quemar implacablemente.

Arcángel, no es menos atento al espectáculo del mundo, es de aquellos que, cada mañana, emprende un viaje hacia las islas imaginarias, según lo deseaba Goethe. Curioso de todo, a veces las cosas no son para su interés más que una simple representación de su apasionado amor por las ideas; de cuando en cuando el dejo irónico, que fluye de su suave esceptismo, le mueve a sonreír y a libertarse de las cárceles de todas las limitaciones, para saltar sobre el trampolín de raras posibilidades hacia el reino de la utopía.

Sin embargo, a pesar de la edad y de las dispares inclinaciones de sus gustos, que a menudo suelen estar de acuerdo, ambos se entienden y, en sus renovadas pláticas, completan una interesante totalidad. Además, son amigos, y la amistad no es más que una razón de mutuo acuerdo.

Don Sixto.—Yo creo como usted, docto amigo, que siempre las modas recogen la suma de la completa frivolidad; lo cual no excluye, por otra parte, que los que suelen criarlas hagan el papel del núcleo en la cauda luminosa: ellos representan la idea y la iniciación; los otros la consecuencia.

Arcángel.—Es indudable que, en torno de todo movimiento, hay siempre dirigentes y dirigidos. Aquéllos son el corazón del fuego, éstos el com-

bustible que necesita la llama; los primeros representan la energía que debe perdurar como creación, los segundos la ceniza que aventará el tiempo ineluctable.

Don Sixto.—Hasta hace algunos años admiré devotamente el naturalismo, cuando sólo debí creer en algunos naturalistas; acompañé a Zola y a sus discípulos a Medán; luego me conquistó Jean Moréas con su sepultación del simbolismo en un artículo estentóreo; vinieron, por fin, los años de nuevas renovaciones y, Julián del Casal, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, Rodó, Jaimes Freire, fueron los dioses de otra lírica anunciación; hasta que, cansado de ismos y de genialidades por revelarse, me eché a dormir sin esperar nuevas auroras, pidiéndole tan sólo a cada escritor sinceridad y al arte sencillez.

Arcángel.—Sólo así, con su pretérito abandono, me explico que usted ignore cuánto pudo ocurrir más tarde: el romanismo de Moréas; la renovación de la lírica francesa; las escuelas futuristas; el advenimiento del espiritualismo religioso; el culto por lo exótico; el arte ácrata, que responde a un justo anhelo social y, más recientemente, la funambulesca literatura Dada, para no citar otras cortes y teorías de adolescentes revolucionarios. Y esto por lo que toca a los últimos años que, cuanto al hoy incumbe, es asunto no menos novedoso aunque algo pueril. ¿Nada ha oído usted de la moda orientalista, que a muchos les tiene sorbido el seso: Rusia con sus bailes, Shaharazada, los misterios védicos, la señora

Blavatski, los poetas persas, las teogonías de la India?

Don Sixto.—Mis luces, en cuanto a orientalismo toca, no están muy renovadas y fortalecidas. No he pasado más acá de los días de Renán, de Dozy y de Franck; de los Divanes y de las Guzlas. Con Shack y con Menéndez y Pelayo sigo frecuentando la amable compañía de Averroes y Avicena, de Ibn Gabirol y del docto Jehuda Levi, ese raro precursor de Rousseau. Para mí, o ando muy equivocado, o no pasa ni pesa el tiempo sobre el Oriente. Creo que siempre debió permanecer igual, inalterable su alma pagana y misteriosa, mezcla extraña de sensualismo y de religiosidad, que espera la muerte con una sonrisa en los labios, mientras piensa en el amor, en el vino y en la eterna nada de las almas. ¿No se siente satisfecho Omar Khaiyam que, de paso sea dicho, tan provechosamente supo utilizar Amado Nervo, con sentir volar la vida bajo los árboles, cerca de un jarro de vino y de una mujer? Ese es el Oriente: abandono, fatalismo, melancolía, dulce goce de los bienes terrenos.

Arcángel.—Tal vez he pecado de frívolo en lo que toca al culto del Oriente: tengo escasos y someros conocimientos de su literatura y mis lecturas apenas si son cosa de ayer.

Don Sixto.—Mis largas, dilatadas andanzas, me han facilitado el trato con gente de muy diversa laya y condición, entre quienes recuerdo a cierto estudioso pasante de lenguas, que sirvió de intérprete en el Foreign Office, y con quien intimé durante varios meses de mi permanencia en Londres. Juntos frecuentamos la lectura de las obras de Gorresio, de Taylors, de Dames, de Ghinzberg, de Boethlingk, para conocer a Kalidasa, los Vedas y el Ramayana.

Arcángel.—Pero ¿usted cree, cultiva y proclama el interés de esa farragosa literatura?

Don Sixto.—¿Ignora usted acaso, indocto amigo, que en todos esos libros, almas mater de una civilización milenaria, hay más pasión, más vida y más belleza que en centenares de volúmenes de la endeble literatura de la hora actual? ¿No ha leído siquiera algún fragmento del Mahabarata; aquel canto al mar, por ejemplo, la presencia de Anfritra que ven Kradrú y Vinata poblada de toda su fauna y de toda su majestad? ¿Y los cantos de Omar, aquel don Juan árabe, que sintió desmayarse de amor a tantas mujeres en sus brazos?

Arcángel.—¿Cuánto han progresado la cultura y las investigaciones desde ese remotísimo entonces! Más que la filosofía y el didactismo orientales preocupámonos ogaño la simple y honda belleza de sus poetas. Y, como la

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

moda clama por lo exótico, las facciones de Ossian, de Goethe y de Clara Gazul, tienen abundantes imitadores.

Don Sixto.—¡Pero, ... Ossian!

Arcángel.—Sí, ya lo sé: ¡usted desea advertirme sobre la traída y llevada farsa apócrifa! Sólo he citado ese y esos nombres para invocar la actualidad de las supercherías maestras en el género. También Cervantes fué uno de ellos: dió al traste con la caballería, imponiendo una obra definitiva en el orden de las que fustigaba. ¿Y acaso su «Viaje al Parnaso» no es también otra comedia deliciosa de supuestos y enredos? Posiblemente, Cervantes tuvo razón, aunque la literatura caballeresca fué siempre enseña de idealidad y de belleza; por lo demás los cantos de Ossian, que tanto apasionaron a sus contemporáneos, merecen que vivan y ojalá se repitan supercherías de esta guisa.

Don Sixto.—Está usted en lo cierto, y otro tanto cabría afirmar de más reciente y donosa invención. ¿No ha leído usted esas deliciosas canciones de Bilitis, que Pierre Louys aseguró haber descubierto tras no sé cuáles o cuántas búsquedas pacientes, confundiendo con el descubrimiento la infalible sabiduría de doctos epigrafistas alemanes y hasta despertando la codicia de un poco escrupuloso editor castellano, que las dió a la estampa en cierta colección de un clasicismo más o menos escatológico?

Arcángel.—Déjeme volver de mi asombro, ya que tenía a dichas canciones por de muy auténtico origen y de muy respetable familia.

Don Sixto.—Una broma, una simple alegría pasada del autor de «Afrodita», que fué tan lejos en su superchería hasta buscarle a su héroe un docto biógrafo, como ese problemático G. Heim, que publicó su *Sämtliche Lieder* con un vocabulario, y descubrió su sepulcro en Palacio Limisso, a la vera de un antiguo camino, no lejos de las ruinas de Amathonte, donde dormía su sueño centenario, de veinticuatro siglos, entre sus poemas, su espejo de plata y sus joyas, el esqueleto de la dulce Bilitis, que el contacto del aire convirtió en leve polvo...

Arcángel.—Cosa parecida intentó, con buena fortuna, aquel excéptico y desconfiado novelador de «Colomba», cuando publicó su Teatro de Clara Gazul, en cuyo volumen aparecía el retrato de una mujer, la dulce Clara, comedianta española, en robe *decollé-tee*, los cabellos cubiertos con graciosa mantilla, y que no era otro que el rostro del propio Próspero Merimée, disfrazado de esa guisa.

Don Sixto.—Muy oportuno es el recuerdo, porque suya es también la deliciosa farsa de las baladas, que aparecen reunidas bajo el título de «La

Guzla», y que Merimée escribió, en quince días, después de leer el Viaje a Dalmacia del abate Fortis y los «Cantos Populares de Grecia» de Faurill. Usted recordará cómo, en un prefacio erudito, hablaba el autor de «Carmen» del tocador de guzla Jacinto Maglanovich, y cómo cayeron en la celada cierto polígrafo tudesco, que tradujo las baladas y el poeta Pouchkine que vertió al ruso algunas de ellas.

Arcángel.—Desde Goethe hasta nuestros días parece que el arte de la superchería ha dado buenos resulta-

Lista

de contribuyentes para el pago de la deuda exterior de Costa Rica.

Contribución anual \$ 5.00 oro am.

Vienen 43.

Carlos Luis Sáenz
Enrique Jiménez Núñez
Genarina de la Guardia
Estelita González
Salvador González R.
Marta Dittel
Antonio Castro Quesada
Mercedes Montalto
Felipe Madrigal
Carmen de Madrigal
Mateo Fournier Q.
Esther de Mezerville
Ana Rosa Chacón
José Acuña
Aida Charpentier
Ana María Loaliza
Rafael Cortés

?
?

dos. Con tal de que, a menudo, sirva para poner en solfa a cuantos viven en perpetua admiración ante los milagros del remoto exotismo, ya que no siempre estas bufonadas mueven el talento de escritores como Merimée o como el del docto Guerrini, que pudo echar a circular el nombre del romántico y doliente Stechetti.

Don Sixto.—Por lo demás, es cosa que bien se merece ese novedoso despliegue de eruditos que cada mañana, parte en sus carabelas a descubrir un nuevo oriente. Usted recordará cómo el irlandés Fitz Gerald, creo que utilizando el manuscrito de la Bodleian Library de Oxford, publicó los cien *rubais*, hoy tan difundidos, del admirable Omar Khaiyam, que luego diera a conocer Nicolás, que más tarde estudió el sabio Whinfield, y que han tenido una acogida clamorosa en toda

Europa. Martínez Sierra tradujo al español «Los Rubayat» allá por el séptimo año del siglo que corre, dándolos a conocer en «Renacimiento», excelente revista de corta vida. Este poeta, este enorme poeta, mezcla de pagano y de racionalista, que pretende arrancarle los secretos a la esfinge de la gnosis, renovó el contagio orientalista, que bien pronto iba a ganar terreno en volúmenes y universidades. Además, ya hemos visto el caso de un escritor argentino, Carlos Muzio Sáenz Peña, que se ha especializado en revelar a los países de habla española, transfundiéndola del inglés, toda esa literatura, a veces novedosa, a veces pueril.

Arcángel.—Nada de eso me es conocido. Comienzo a leer solamente a Rabindranath Tagore, algunos de cuyos libros parecen interesantes, aunque no cosa de espanto ni de maravilla.

Don Sixto.—A ese terreno deseaba llegar con mis dilucidaciones: la moda del orientalismo literario no pasa de ser más que una actualidad ligera, de no durable permanencia. Desde que la Academia sueca le concedió el premio Nobel al poeta del «Gitanjali», fué presa y pasto de la curiosidad. Encontró en Francia un primer admirable traductor en André Gide, y luego, en España, Zenobia Camprubí de Jiménez comenzó a difundirle correctamente vertido a nuestra lengua.

Arcángel.—Aunque mi versación en la literatura actual no es muy completa que digamos, quiero sólo decirle, a trueque de que usted me confunda con sus reproches, que no es santo de mi devoción el tal cantor indú. Sus parábolas y poemas nada me revelan del Oriente y el sabor de sus producciones me era familiar en mis lecturas de Tolstoy y de Oscar Wilde, de Baudelaire y... de la Biblia, sobre todo de la Biblia, que releo y me interesa más que todas estas novedades de oropel y de relumbrón.

Don Sixto.—De acuerdo, de rete-acuerdo y de más acuerdo. En este instante siento el desahogo que debió gustar aquel gascón que, en artículo de muerte, declaró que le cargaba el Dante. Usted ha dado en el clavo y me acaba de aligerar de un grave peso. Mis lecturas y relecturas de Tagore han acabado por hartarme, llegando a sentir lo que aquel tragón de la chuscada, que se merendó un botijo de miel.

Arcángel.—Observábale que Tagore nada me revela del Oriente; que no siento en él la secreta vibración del alma asiática, que fluye de Sakountala; que no ilumina sus páginas esa luz interior que alumbra las viejas civilizaciones en las remotas teogonías; esa luz que es como una lámpara velada

por una sombra milenaria, que aleja e imprecisa la noción de la realidad en una perspectiva difusa pero única. Tagore puede ser el Oriente; mas, representa un Oriente ya invadido y deformado por el Occidente... Pero, dispense la elucubración, pues veo que nos alejamos de nuestro objetivo.

Don Sixto.—Yo no me tengo por orientalista, ni me precio de conocer la literatura hermética, ni me gusta seguir a Damayanti, a pesar de su romanticismo y de su amor. Pero, movido por esa explicable casualidad que a uno lo obliga a leer más de lo necesario, vino a caer en mis manos un pequeño volumen, asaz curioso, aunque de poca importancia. Editado por la Biblioteca Ormuz y, al parecer en Montevideo, me distrajo durante una buena hora con su lectura.

Arcángel.—Me agradaría conocer a su autor y su título.

Don Sixto.—El pequeño libro muestra el grueso título siguiente: «Fragmentos», y sobre sus letras se lee un nombre: Karez-I-Roshan. Nada más. Le repito que no soy ni orientalista, ni filólogo, pero me preocupa todo lo que pueda importar una novedad. Y este es el caso de Roshan. Ni en las revistas europeas, ni en los anuncios de los editores, ni en los boletines de divulgación, aparece semejante nombre. Más que dudoso, inquieto, volé con el tal librito, hace cosa de seis días, en busca de un amigo, que me sé experimentado en achaques de libros raros. Juntos releímos el volumen y, de pronto, como un detective que tras atento examen, descubre una pista, mi docto consultante exclamó: ¡Eureka!: se trata de la superchería mejor urdida que pueda ocurrírsele a un mortal. ¡Ya no me cabe duda!

Arcángel.—¿Hecha aquí, acaso?

Don Sixto.—No se impacienta. Díjeme mi amigo, poco más o menos: Usted sabe que conozco bien las lenguas y los dialectos asiáticos y, particularmente, el persa, que aprendí en la sección correspondiente de la Universidad de Berlín. Las cosas de Afganistán me son familiares y este Karez-I-Roshan, que se dice afgano, nada tiene de tal. Usted debe recordar

al sabio Darmesteter, a quien tanto estimaba Renán; pues bien, él fué para mí un guía y maestro excelente en el estudio de la literatura afgana. Él publicó los cantos populares de ese país porque conocía bien la lengua urania, llegando a serles familiares el pukutu y el pushtu. Mi curiosidad llevóme a leer el texto de Biddulph, el vocabulario comentado de Geiger, en baladas populares y los cantos de Kuschal Kan. Luego, tras estas mis pesquisas hechas de simples recuerdos, presumo otras probabilidades: el prologuista de estos Fragmentos, que tiene el sentido del humor, cita unas palabras de Bernard Shaw, en su propia lengua, que son un bocado sabroso de ironía; luego, habla de cosas, viajes y posibilidades que no son más que una delicada y fina broma. Claro está que ni el más zahorí vendrá a sospechar de ellas. ¿Qué cómo pude dudar entonces? Por una razón muy sencilla: he sido durante quince años, profesor en Benares y en Calcutta, y la India me resulta tan familiar como mi tierra. Además...

Arcángel.—¿Pero usted tiene otras noticias que le permitan verificar esa afirmación? ¿O se basa en el sólo testimonio de su amigo?

Don Sixto.—Además, media toda una investigación y una afortunada casualidad. Oiga usted: mi primera diligencia consistió en preguntar al Uruguay, donde tengo numerosos amigos. De Montevideo contestáronme que el libro no se había impreso allí. En esa metrópoli se cumple a maravillas la ley de imprenta, y nada de esto se ignora. Entonces me dí a atar cabos en Santiago. Un día, cansado ya de urgar, de imprenta en imprenta, encontré milagrosamente mi sésamo ábrete. En la Librería Nacimiento supe la verdad, la verdad monda y lironda... pero debido a una particular indiscreción. Cierta señora, ya entrado en años, le mostraba al librero un texto de gramática en el que aparecían citados algunos fragmentos de Karez I-Roshan. Este refa a más no poder. De pronto Nacimiento le dijo a su interlocutor:—¿Cómo se van a reír cuando lo sepan el señor Prado y el señor Castro Leal?

Arcángel.—¿Pedro Prado y Antonio Castro Leal son, entonces, los verdaderos padres de Karez I-Roshan?

Don Sixto.—Los mismos, y no otros.

Arcángel.—Luego Paulina Orth, prologuista, biógrafo y traductor?...

Don Sixto.—Debe y puede ser Antonio Castro, hombre muy leído y

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consultas: de 2 a 4 h.

EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

versado en cosas del Oriente... y del Occidente, pues ese nombre no es otro que el de una sobrina de Listz, el suegro de Wagner, quien mucho sabía de cosas del Oriente... con lo cual, ya vé usted, como trazamos el perfecto círculo de la sabiduría...

Arcángel.—Pero me asalta una duda: ¿y el retrato que aparece en el libro?

Don Sixto.—Déjeme reír, reír, docto amigo. Esa figura venerable, de luengas barbas, tez cetrina, enmarañados cabellos, que algo tiene de los santos de Ribera, no es otra cosa que la fotografía de cierto modesto vendedor de pollos; de un pollero vulgar y corriente.

Arcángel.—Nunca pudo urdirse más ingeniosa y oportuna superchería que, en realidad, ha aventajado con mucho a la que usted hacía referencia.

Don Sixto.—Pero, escuche todavía el sabroso epílogo del cuento: el novelista Juan Espinoza ha coincidido con nuestras sospechas dando a la estampa una curiosa conversación tenida con Pedro Prado, quien le ha dicho poco más o menos: «Había notado yo que mucho de lo publicado con la firma de Tagore no era cosa que no estuviera al alcance nuestro. Sin ningún asomo de orgullo, creía que las muchas cosas más podían resistir cualquiera comparación; pero eso dicho por mí era trivial, y sorprendente dicho por Tagore u otro por el estilo. Y para probarles a todos lo que puede la sugestión del nombre, separé no lo mejor de mi obra inédita, sino precisamente aquello que me tenía más descontento, y lo hice publicar en un tomito, como la obra de un genial poeta del Afganistán, Karez-I-Roshan. Para completar la farsa, presenté el librito como editado en Montevideo por una Biblioteca Ormuz que tampoco existe. La traductora, Paulina Orth, menos ha existido nunca. En cambio, existe el original del retrato publicado en las primeras páginas: es un viejo pollero de luengas barbas, Naranjo de apellido, que envuelto en una carpeta de mesa-comedor, hizo a maravillas la figura de un gran poeta persa. Me faltaba el prólogo, para dar noticias fidedignas del gran escritor afgano creado por mi imaginación: lo hizo en forma

SOLICITE AL

Taller Electro Mecánico

— DE —

O. THOMPSON & Co.

para reparación de:

MOTORES

DINAMOS

TRANSFORMADORES

COCINAS ELÉCTRICAS

y en general para todo trabajo chiquito y grande, que será bien atendido. Prontitud y baratura.

DE LA IGLESIA CATEDRAL 250 Vrs. AL SUR

TIENDA

Escalante

CORBATAS, PIYAMAS, SOMBREROS DE PAJA, FAJAS DE CUERO, COBIJAS DE LANA Y ALGODON, — — — CRISTALERIA — — —

SAN JOSE, COSTA RICA

admirable un joven escritor extranjero, ahora en Chile, y cuyo nombre no quiero revelar».

Arcangel.—¿Antonio Castro?

Don Sixto.—El mismo, escritor cultísimo, según ya lo advertía, formado cerca de Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, y entre... pero, escuche aún a Pedro Prado, cuando habla del éxito: «El librito no valdría cuarenta centavos, para ser la producción de un chileno; pero, como se trataba de todo un Karez-I-Roshan, candidato al premio Nobel—así rezaba la carátula—todos pagaron un peso ochenta; la edición se vendió, y resultó ser éste el único de mis libros con el cual hice mi negocio. Pero hay más todavía: adjuntando una tarjeta de luto en que se leía «Paulina Orth, profesora de idiomas, Montevideo», remití ejemplares al extranjero, y he recibido cartas entusiastas hasta de Estados Unidos. Se me comunica por una Asociación de allí que estos fragmentos de Karez-I Roshan van a ser traducidos al inglés para adoptarlos como lectura en las escuelas. Esto puedo probarlo con varias cartas que tengo en mi poder».

Arcangel.—No podía resultar menos.

Don Sixto.—¡Si usted leyese la efusiva epístola de Tomas Walsh, que se felicita de que exista ya un digno sucesor de Omar Kaiyan! Mas, aún queda algo por hilvanar, por lo que toca a las sospechas: «No sólo no han sospechado—dice el autor de «Alsino»—sino que amigos míos, muy inteligentes, se han exaltado defendiendo la sublimidad de la obra de Karez-I-Roshan, cuando yo he dicho, por picarlos, que no me parece una gran cosa. Un día, en un grupo de amigos dije:—No lo considero esto tan sorprendente. Creo que yo he hecho algo mejor,—y me miraron sonriendo; pensaron tal vez que me estaba volviendo loco. ¡Si no lo sabré yo, que tengo cosas mejores!»

Arcangel.—Nunca hubiera caído en tal sospecha, porque los «Fragmentos» denuncian un claro talento, y la superchería está bien urdida. Venga acá el libro y releamos algunas de sus páginas, que abundan en una simple y noble belleza, aunque no todo es oro lo que en ellas aparece. Oiga usted:

«Mi amor era tan puro y diáfano que tú no lo veías. ¿Qué hacer? me dije. Y lo enturbí».

«Buscando que nadie oiga lo que hablamos, pones tu boca en la mía y yo oprimo mis labios contra los tuyos. Así nadie escucha nada, y nosotros todo lo comprendemos».

«Soy—dijo el poeta, al pasar por entre la alegre multitud,—como la luna olvidada del mediodía. Cuando la tristeza, al igual de la noche, llega, esta gente advierte mi presencia: a

semejanza de la luna, sólo entonces comienza a brillar para los hombres».

«Puedo yo pulverizarme en fulgores infinitos hasta ser eternamente la fuente luminosa y el camino del resplandor!»

«Entremos en el sueño llevando un pensamiento obscuro. Mientras la noche reina, las simientes sembradas se hinchan y germinan».

«Música de sol, vértigo inefable, eternidad! La luz atraviesa mi cuerpo, como un claro cristal, y lo limpia de toda sombra!»

«Pueda yo pulverizarme en fulgores infinitos hasta ser eternamente la fuente luminosa y el camino del resplandor!»

«El que aprende puede olvidar, sólo quién descubre recuerda siempre».

Don Sixto.—Obra de arte es, aunque nada tiene de extraordinario, quien podrá dudarlo, y donde acaso lo trivial explica justificadamente su intención. Bien se me alcanza que el objeto se ha conseguido y que sus autores sólo pretendieron burlarse donosamente de todos los orientalistas y orientalizantes habidos y por haber. No cabe pedir ni esperar más. Alguien me ha referido que el éxito del libro ha resultado cosa curiosa: se ha solicitado en el extranjero y, en Estados Unidos, el fundador de la Hispanic Society of America se constituyó en su más caluroso elogiador. Y esto para no recordar tan sólo las simples pruebas de adivinación local tributadas en Santiago a Karez-I-Roshan, en una de cuyas asociaciones teosóficas se aceptó el espíritu de los «Fragmentos» como expresión ortodoxa de sus doctrinas y donde un escritor conocido proclamó la figura del poeta afgano como la más venerable después de la de Cristo.

Arcangel.—La lección es saludable y toca desear que les aproveche a cuantos se asombran cada día ante todo lo exótico, teniendo algo de más pura calidad que admirar en casa. Yo no dudo ni niego la belleza de los poemas de Kaiyam, de Tagore o de Saadi, pero no los tengo por cosa del otro mundo, ni mucho menos. Tal vez soy escéptico, tal vez carezco de entusiasmo o, acaso, mi sensibilidad resulte un poco anacrónica. ¿No ha hablado cierto psicólogo de la oxidación de los sistemas nerviosos? Acaso soy un oxidado, un retardario, un misoneísta; pero no estoy con el Oriente, ni deseo entender el movimiento. Bien pudiera ser que mañana hasta un discípulo de Freud acabara por clasificarme como un caso para sus raros muestrarios psicoanalíticos; sin embargo, así soy y así me he de quedar ..

ARMANDO DONOSO

Sendero

Sólo necesitas cerrar tus dos ojos
y seguir mis pasos por este camino.
Hay garfios quitados,
piedras, espinas...
por este camino
no importa que vengan tus ojos cerrados.

Después que los abras
¡qué dicha tan grande!
por este camino siguiendo mis pasos,
sin garfios ni abrojos,
me verás el alma después que tú tengas
abiertos los ojos.

Por este camino sin garfios ni abrojos
lo que yo siento
sentirás conmigo. Siquiera un momento
sentirás conmigo
lo que yo siento
después que tu tengas abiertos los ojos.

Un espectro

Soñé con un hombre...
En la gran noche borrosa,
bajo la sombra en derroche,
en el Cementerio y entre cada fosa,
se puso a rezar él solo de noche...

En la gran noche borrosa,
de hielos y arbustos yertos,
¡ay!—con infinita piedad dolorosa—
se puso a rezar por todos los muertos.

De aquellos sitios desiertos
con los ojos en la altura,
qué triste era su queja hacia los muertos
con angustia en cada negra sepultura.

Mas, tras de su letanía
llena de angustia y de calma,
aquel eco que yo oía...
Qué queja muriendo, qué triste y sombría
la queja se alzaba... Qué extraña armonía:
un eco en la sombra, la sombra en derroche
y ese eco elevándose
bajo de las tumbas
por sobre la noche...

ARTURO MEJÍA NIETO

Washington—1923.

LA MEJOR

Fábrica de siropes y bebidas gaseosas

JUAN LUIS CAMPOS

Calle 5ª sur, entre avenidas 6ª y 8ª sur
Nos. 650 y 656

TELÉFONO No. 190 — APARTADO No. 935

SAN JOSE, COSTA RICA

El escritor chileno don Francisco Contreras responde al cuestionario del "Repertorio Americano"

París, 10 de febrero de 1923

SEÑOR DON M. VINCENZI

Estimado amigo:

CON agrado contesto a su encuesta del REPERTORIO AMERICANO, que me parece muy interesante y de gran importancia en los actuales momentos.

Pero su demanda es, tal vez, demasiado amplia y, luego, tiene como base ciertas cuestiones (la existencia de una raza común, la realidad del peligro yanqui, etc.) sobre las cuales no todos los hispano-americanos están de acuerdo.

No contestaré, pues, de manera directa y total. Empezaré por dilucidar esas cuestiones básicas para tratar en seguida de aportar a la solución del gran Problema Hispano-americano, algunas reflexiones, al menos acerca de aquellos de sus aspectos que están en el círculo de mis conocimientos especiales.

El aislamiento en que viven los países de la América Hispana es la causa, tal vez, de que algunos de sus hijos duden de la existencia de una raza común. Pero si tomamos esta palabra en el único sentido que puede dársele al hablar de los pueblos occidentales, esto es, en el de la unidad de origen, de tradición, de lengua, de cultura, de religión, es indudable que existe la raza hispano-americana. Ciertamente es que la emigración extranjera, en algunas Repúblicas, agrega día a día elementos nuevos a la personalidad nacional, pero es cierto también que ésta asimila completamente esos elementos hasta hacerlos casi imperceptibles en la primera generación. Sabido es que en Argentina los hijos de extranjeros alardean de parecer, en sus hechos y en sus dichos, «criollos». Y tal es la mejor prueba, no sólo de la existencia, sino también del vigor de nuestra raza. Si nuestro Continente está pues poblado por una raza común debemos trabajar porque esta raza se conserve y se desarrolle según sus normas, unificando en lo posible la instrucción, o más bien la educación, con claros «propósitos raciales». Abramos nuestra puerta a la humanidad, más aun, estimulemos la emigración a nuestras tierras, pero conservemos el culto de la verdadera tradición, esto es: de todo lo que hay en el pasado de excelente o de característico. La cuestión no es solamente tornarse un pueblo grande y rico, sino además un pueblo con un espíritu, una cultura y un carácter propios.

Los próceres de nuestra Independencia y, en general, todos nuestros grandes hombres han creído en la raza y, por eso se han preocupado de la unidad continental. Conocida es la iniciativa de Bolívar, tendente a la confederación de nuestros pueblos: tan grande hombre debía ser el promotor de tan grande idea. Pero ha habido luego muchas otras acciones en semejante sentido, llevadas a cabo por algunas de nuestras repúblicas. Así, por ejemplo, el tratado de Confederación que, en 1848, firmaron Chile, Bolivia, Ecuador, Perú y Colombia ante la amenaza de una expedición de reconquista española, o el Pacto de Unión de los Estados Americanos de 1856, originado por la guerra mexicano-yanqui y al cual se adherieron Perú, Chile, Ecuador, México, Colombia, Venezuela, Guatemala, Costa Rica y Salvador. La confederación hispano-americana es, pues, un ideal que data de nuestra emancipación y que ha estado siempre presente en el espíritu de nuestros grandes hombres. Sin duda, su realización no es posible todavía. No nos es dado, pues, pensar desde luego en asunto de tanta trascendencia como la de «comunizar las constituciones de nuestras repúblicas». Pero debemos hacer cuanto podamos a fin de mantener la paz y de reforzar los vínculos fraternales entre

nuestros pueblos. Ahora, como los intereses económicos son la base del desarrollo y la grandeza, es claro que conviene el estrechar nuestras relaciones en este sentido, por medio de medidas adecuadas, como la supresión o siquiera moderación de los derechos aduaneros, la creación de nuevas líneas férreas o de vapores internacionales, etc. Y si el caso lo requiere, acaso deberíamos tomar medidas «defensivas», en igual sentido, para con los países extranjeros.

La intelectualidad de nuestras Repúblicas debe ser la expresión de estas ideas y estos propósitos. Es menester que nuestros escritores pongan el interés general de la América Latina sobre los intereses particulares del gobierno de sus respectivos países. Debemos darnos cuenta, en fin, de que nuestras rencillas son disturbios fraternos, rivalidades de aldea, que no pueden durar, ya que todo tiende a unirse y nada a separarnos. Mas no pocos de nuestros intelectuales son diplomáticos, es decir servidores de la política de sus gobiernos, y así algunos se dan a la nefasta tarea de difamar en el extranjero a pueblos hermanos, ya de manera indirecta, comprando plumas mercenarias, ya directamente y aun invadiendo el campo de la literatura. Convendría que nuestra crítica distinguiera y señalara entre los escritores, a los que muestran espíritu amplio, continental, y a los que sólo trabajan por intereses particulares. La crítica, la verdadera crítica (no el «panfleto» ni el «elogio» de moda hoy entre nosotros) podría formar así una conciencia literaria hispano-americana.

El principal deber de nuestro pueblo es, por cierto, el defender la autonomía y la integralidad territorial. Ahora, desde hace tiempo la gran república anglo-americana, con el pretexto de la Doctrina Monroe o simplemente de los derechos del acreedor; viene interviniendo en nuestros asuntos, coartando nuestra independencia u ocupando nuestro suelo. Ahí están los casos de Panamá, Nicaragua, México, Santo Domingo, innegables. Pero, ¿son solamente los Estados Unidos los autores de este movimiento de invasión? No. Son también algunos hombres de nuestros propios países: Los firmantes de tanto inicuo tratado en desmedro de los intereses nacionales, los caudillos que piden ayuda o amparo al gobierno de Washington, los tiranos o malos gobernantes que desprestigian y arruinan a sus pueblos. De aquí que ciertos hombres ilustres de las repúblicas del Sur, avergonzados, asqueados, no quieran creer en la raza y se recluyan dentro de un patriotismo que no pasa de sus fronteras. ¿Qué hacer ante la catástrofe?

CUESTIONARIO:

1ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6ª Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de E. J. Varona, Habana; R. Brenes Mesén, Syracuse, New York; L. Lugones, Buenos Aires; B. Sanín Cano, París; N. Pacheco, París; Elena Torres, México; E. Landázurí, México; A. Sux, París; Fed. García Godoy, La Vega, Rep. Dominicana; J. Santos Chocano, San José de Costa Rica.

Primeramente, castigar a los hermanos culpables, si es posible con la justicia del pueblo, lynchándolos en la plaza pública. Luego, no contraer nuevos compromisos con una nación que cree que el no pagar puntualmente da derecho a invadir una república soberana. Después, acercarnos a los Estados Unidos. Sí, acercarnos. Pues no hay que confundir el gobierno de Washington y los banqueros de New York con el pueblo anglo-americano. Establecer en su propio país una propaganda tendente a hacer conocer, no solamente nuestros recursos naturales, sino también y sobre todo nuestra cultura, nuestra lengua, nuestra historia, nuestro progreso, nuestra literatura: es menester convencer a ese pueblo de que no somos «españoles descendientes de africanos». Aprender de la gran República lo que hay en ella de potente, de viviente y de conveniente para nosotros; su actividad, sus formas de progreso material, su sano optimismo. Mas no sus rasgos característicos en discordancia con nuestra idiosincracia, como su amor desmedido del oro, su mecanismo intelectual, su hipocresía calvinista.

El Pan-americanismo es ilógico y, por eso, irrealizable. Hoy sería desastroso, porque la unión de un fuerte y un débil no puede resultar equitativa. Mañana no será, sencillamente. La razón geográfica, el hecho de la proximidad, no logrará nunca fundir la América Latina hasta el punto de formar ese mundo ideal que engendraría una civilización común, con que sueñan los pan-americanizantes, como no ha conseguido amalgamar los diversos estados de Europa, ¡qué digo! ni siquiera dos estados limítrofes, cual la Francia y la Alemania. Sin duda, llegaremos a entendernos, a estimarnos, a ayudarnos, y en este sentido debemos trabajar sin repugnancia, con ardor. Pero ni aun cuando el socialismo triunfe universalmente (¡pues triunfará!), dos mundos tan diferentes como el anglo-americano y el latino-americano conservarán su espíritu propio, tal cual bajo el régimen más igualitario, dos hombres de carácter conservan su individualidad. Si han de cumplirse nuestros destinos, la América será mañana la patria de *dos grandes pueblos*, dos grandes pueblos amigos, pero diferentes.

Debemos ser y seguir siendo nosotros mismos. Y esto desde luego en la literatura. Después de haber estudiado, aprendido, imitado, el arte europeo, es indispensable que *creemos con nuestra propia alma, que construyamos con nuestros propios materiales*. Aun sin definirse claramente, tales ideas arrastran a las nuevas generaciones. El movimiento modernista nos enseñó a ser

artistas, y ya esto es mucho. Pero Rubén Darío mismo ¿no nos indicó, en ciertos poemas de *Cantos de Vida y Esperanza*, la nueva orientación? Actualmente, nuestros más fuertes escritores trabajan por crear un arte autónomo, representativo de nuestro espíritu y de nuestra tierra. Este arte no ha de ser, sin embargo, el viejo «criollismo» que todavía echa retoños: la simple pintura de las costumbres constituye una modalidad subalterna. Ha de ser la *interpretación de la vida y del hombre, según las sugerencias de la raza y del arte moderno*. Hay quienes han denominado tal movimiento Americanismo. Yo lo he llamado Mundonovismo, porque aquel término envuelve la idea de la actividad yanqui, y porque con éste se desea significar a la vez: arte de

nuestro Nuevo Mundo y Arte del mundo nuevo, pues todo eso ha de ser nuestro arte. Empero, los críticos vacilan en adoptar esta denominación, tal vez por el recelo que, con razón, inspiran todos los «ismos». Pero en este caso no se trata de una escuela novel, sino de un movimiento existente y viviente que es menester denominar para mayor comodidad de la crítica necesariamente clasificadora.

Tenga la bondad de presentar mis mejores saludos a García Monge y de creer en la seguridad de mi amistad muy sincera.

FRANCISCO CONTRERAS

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Para la biliosidad



DIABLITOS

Trébol

SENTIR el radiante orgullo de ser mujer; poseer conciencia de que se es una terrible fuerza de atracción y de sutil encanto; saber que se lleva en las entrañas la renovación de las generaciones y en el corazón el renacimiento espiritual del mundo; tener conciencia de su íntima unidad con el materno planeta de la noche y decirse que se es la mitad del Universo, la rica mitad que concibe, conserva y trasmite; el vientre sacro de la Naturaleza de donde brotan ángeles y hombres; la fuente inagotable de todo amor terreno y de toda aspiración urania; confiar en su omnipotente debilidad, en su visión del mundo, en su emoción de rosa y en los alisios huracanados de su pasión, esto es cuanto faltaba a la mujer en las letras hispanas. Y esto es cuanto éstas tienen hoy de original en ese trébol sur americano: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, María Monvel.

Los amurallados linderos de lo convencional han dejado de existir para ellas. Es como si de nuevo Gabriel hubiese descendido para decirles que es sacro cuanto a su sexo se refiere, que la visión, la sensación del Universo que se genera en sus almas deben expresarse así como en ellas se engendran para enriquecer el mundo con esa otra concepción que se hubiera quizás retardado por largo tiempo de continuar ellas guardando silencio. Que una mujer, aunque escriba, guarda silencio y deforma el arte que cultiva si no expresa la esencia de su ser femenino.

Estas tres mujeres, y cuantas sigan su ejemplo, constituirán la nota fundamental en la literatura hispano-americana de la primera mitad del siglo veinte.

Su obra poética, que al punto se ha reconocido como original y profunda, no tiene comparación, que yo conozca, en las literaturas europeas de la época. El atrevimiento de la Princesa Bibesco recuerda demasiado a Maupassant y la Condesa de Noailles posee la encantadora malicia de la insinuación siglodorada. En el pasado la vivaz Margarita de Navarra cantó, a la manera de Boccaccio o de Straparola, pero no se ve en su *Heptameron* la desnudez de un alma femenina.

En otras palabras, entre las mujeres que han dejado una reputación bien fundada en la literatura no hay quienes no hayan seguido la tradición de

los escritores del otro sexo. Conozco una excepción; pero precisamente la originalidad de expresar como mujer sus sentimientos de mujer, cubrió su nombre de injusto oprobio, confundiendo con una cortesana que también se llamó como ella, Safo, la bella poetisa de Lesbos.

Ninguna de estas tres poetisas hispano-americanas ha alcanzado la perfección artística de Safo, pero en el fuego de las imágenes apasionadas no es inferior la Mistral, ni lo es en el atrevimiento enteramente femenino la Monvel y tiene la Ibarbourou un si es no es de primitivo y de silvestre, un mucho de driada que no aparece en Safo, y que sin embargo es un elemento de belleza en la poesía de la uruguayana.

La poesía de la Mistral es trágica. Hay un aliento de tragedia en todo lo mejor de su obra poética. Sangre, muerte, dolor, plegaria, tales son los elementos de su creación artística, por lo menos los que dieron a su poesía la arrebatadora seducción de un sentimiento profundo que la hizo célebre en el espacio de una mañana. En su libro *Desolación* hay composiciones que bien podrían haber salido de la pluma de un hombre, pero ningún varón, por poderosa que supongamos su fantasía, habría sido capaz de crear todas las poesías de la sección que en el libro se han reunido bajo el título de *Dolor* ni el *Poema de las Madres*. Es todo esto lo que yo conceptúo la nueva contribución a las letras hispano-americanas: es toda la violencia de *Job* en una bella alma de mujer.

Largos y flexibles musgos marinos atados por las raíces a las áridas rocas profundas flotan con el movimiento de de las aguas salobres, como caballerías de oceánides, cambiantes de color, como las olas bajo el mirar del cielo;

tal la bella imaginación de Juana de Ibarbourou.

Las raíces de su vida sensitiva, hondas, medran en una selva de infancia primitiva, si bien todo su ser, flexible como la juncia, cede a las más leves insinuaciones de la fuerza misteriosa que para ella fluye por las infinitas venas del Universo. En su alma no hay una tragedia; hay una hamadriada que se salió del corazón de un árbol para habitar el cuerpo satzual y moreno de esta mujer cuyo profundo e inconsciente paganismo me transporta con regocijo a las florestas de Pan. Y esta hamadriada mira el Universo de distinta manera que los hombres. Su poesía no es sólo original: es como un anuncio de lo que será el arte realizado por la mujer libre de la influencia directa de la mentalidad esencialmente masculina.

María Monvel es toda la sencilla complicación del alma femenina, femeninamente bien expresada. Posee el arranque pasional, pero ya está civilizada y el pensamiento prevalece en ella. Sin embargo, la sensualidad con que se deleita en su naturaleza femenina la señala entre las escritoras de nuestra lengua. Ella también aporta su visión de mujer a las letras hispanas.

Yo tengo la esperanza de que estas tres notas fundamentales del continente acabarán por hacerse un concierto con que América enriquecerá el Arte literario y ensanchará la humana concepción del mundo.

R. BRENES MESÉN

Syracuse, N. Y., 1923.

JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

NUEVA BOTICA DE SAN JOSE

MARIANO JIMENEZ R.

AVENIDA CENTRAL ESTE Y CALLE 5ª SUR

Surtido completo de Drogas, productos químicos, especialidades, productos farmacéuticos, artículos de tocador e higiene. TODO DE PRIMERA CLASE.

ESPECIALIDAD EN EL DESPACHO DE RECETAS

Inquietud de la hora

(Fragmento)

CIERTAMENTE en todo lo que vive hay una triple manifestación: vida, forma y conciencia. La forma es tosca o fina: piedra, mármol, rubí, onda, flor, ala, hombre. La vida es primitiva o elevada. La conciencia aparece aletargada o se expande plena y suprema.

Hay una onda fluyendo potente a través de los reinos y que cristaliza en formas. Estas contienen la historia de los ideales del impulso de vida en cada tránsito de su peregrinación. La naturaleza es el vastísimo, maravilloso taller de las formas. Ella cumple, ante las forjas en que las fuerzas centellean y resuenan, una misión heroica: darle cauce en el seno de los reinos a la corriente de la vida.

Y hay como una onda plasmando formas, en crisol de siglos, y agitándose dentro de ellas para expresar un símbolo: la conciencia. En su relampagueo ciérnese polvo de astros, palpita ardor de lavas y se vierte aroma de flor.

La vida lucha por un ideal: la conciencia. La vida guarda en su vientre oceánico una sagrada gestación: la conciencia. La forma es el sendero de la conciencia. Mas ésta impone también un ideal por sobre la exaltación de las formas: lo absoluto. Y así, a través de la vida multánime, y posándose en la entraña de las formas, construye y destruye y perfecciona, sucesivamente, sin reposar nunca, series concéntricas de órbitas dentro de las cuales la conciencia, para alcanzar la visión de sí misma, intenta aprisionar a Dios.

Sublime este esfuerzo gigantesco de la vida engendrando formas y dotándolas de luz a fuerza de agitarlas, para que un día resplandezca en la frente de un hombre, síntesis de soles, esto que es tenue y que se llama sencillamente idea. La idea es un bajel para llevar la conciencia del hombre hacia la conciencia del Universo. El hombre es un Universo detenido en las mallas de una idea. Cuando el Universo se conmueve, la idea sangra en el esfuerzo de detenerlo.

Cuando el hombre existió, la naturaleza sintió que su vientre entraba en reposo y que el vacío que dejaban las montañas y los mares se poblaba de estrellas. Cuando el hombre existió, la naturaleza se sintió redimida. Había surgido el amo que, esclavizándola, la libertaría.

Una trinidad concretase en el hombre: conocer, sentir, querer. Tres férreas cadenas que atan a Prometeo.

Otra trinidad se concentra en un núcleo de aspiraciones matrices: Verdad, Belleza, Justicia. Hay, pues, una orientación y una capacidad, un impulso y una posibilidad, un camino y una luz, como decir que hay un Mesías en un establo lejano y una estrella señalando con auroras la ruta misteriosa.

Las razas, ostentando su realeza, vienen desde todos los confines a traer para el espíritu humano cada una un don privilegiado. En alas de mármoles inmortales viene la Belleza; con estruendo de legiones victoriosas, la

Al leer "Desolación"

de Gabriela Mistral

Para CARMEN LIRA

Tengo en mis manos torpes un libro primo-
[roso
y sutil y profundo, que sacia mi deseo
amplio de luz y sombra; el dulce y doloroso
óleo de sus poemas—que emocionado leo.—

Da su bautismo lírico al corazón lloroso...
Este libro simula el sacro mausoleo
de un dolor femenino: ¡tribulación y gozo!
y el alma de la autora en cada estrofa oro...

¡Oh Gabriela Mistral! ¡Oh Gabriela Mistral!
Tu libro es en la misa del dolor un misal;
tus poemas eternos salvarán muchas vidas:

Son como garfios ávidos de arrancar el dolor
que al corazón clavara ese coloso: ¡amor!
¡Tus poemas: simientes para el Alma na-
[cidas!

EDUARDO URIBE

Ley; con majestad de Pirámides eternas, las Ciencias. Y desfilan imponentes cortejos de profetas y filósofos, estremecidos como oleajes por la emoción de martirio con que la vida de cada gran pueblo engendró un gran don. Y pasan por las calzadas de la Historia con sus trofeos recubiertos de púrpura, y sus miserias abiertas como llagas, y sus errores erguidos como ídolos, y sus ideales destellantes como antorchas que fueran estrellas. Y el desfile de cada gran pueblo marca en el espíritu del hombre una huella profunda, la cual ahondada, por la íntima solidaridad de las razas, tórñase en canal abierto a los fulgores del Universo, para que por él penetren y en lo hondo de la conciencia sedimenten, siglo tras siglo, la sustancia cósmica de que se forman las civilizaciones.

El hombre comienza a reconocer las posibilidades de la conciencia, lo que ya es satisfacer una de las necesidades de ella. El hombre es el portador de una luz. La Civilización es el Pegaso de la Conciencia. Las grandes metamorfosis de la Civilización preparan las alas. La naturaleza prepara las formas en el tormento y dolor de los cataclismos. La Conciencia, a su vez, no es más que una forma para la evolución de lo Absoluto. A lo largo de los estremecimientos de la Conciencia fluye, cual un fuego de mundos en llamas, la génesis de los dioses.

El hombre sumió una mano en su ser y otra fuera de sí y extrajo las manos colmadas de un tesoro: las civilizaciones. Tal como si deteniendo el viento y corporizándolo, hubiese extendido un par de alas para sus hombros. El hombre de las cavernas vivía en dos cavernas a la vez, de las cuales la más profunda era él mismo.

Homero, como Dante, toman una lira y tañéndola marcan un camino

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

con fulgores de genio esparcidos sobre la Tierra. La estela de la lira conduce al hombre a penetrar en sí mismo.

Sócrates y Platón piensan, y el pensamiento, al levantar el vuelo traza una senda en el interior del hombre. Tras la estela de aquel pensamiento el hombre asciende dentro de sí y procurando alcanzar su propia altura, que ya le parece inaccesible, aprende a subir. Un Newton descubre un designio del cielo y el hombre, ante el velo que queda levantado, contempla que un vacío de su ser está lleno de astros.

La Ley de la Naturaleza, la superior visión de una idea, la Venus impresa en el mármol, la sonrisa de Gioconda, no tienen sentido como revelación del dominio de la materia o de la forma, sino la importancia de afirmar con perfección, que el hombre creando o comprendiendo, concibió la existencia de su poder, ensayó su fuerza, determinó su dirección y le atribuyó un ideal. El genio es aquel repliegue de la conciencia en que, acumulándose más luz, mejor presente ella su naturaleza y su finalidad. Los genios pasan derribando selvas de sombra. En la corriente de la civilización flota el genio como una vela que las mismas ondas crearan, pero dominando a la corriente y encauzándola. En el vuelo del genio viaja el hombre por sobre sí mismo para adquirir la sensación de que la conciencia ha conquistado la libertad.

Mas, por sobre Homero y Dante, el sendero se prolonga con la avidez quemante de que en él pongan sus pies desnudos los Cristos.

La Verdad es forma también; la Belleza es forma; el Bien es forma. Hay algo que debe surgir de la confluencia de aquellas grandes realizaciones. Hay algo que está más lejos y más alto.

Hay algo que se amamanta en los senos de la Belleza; que reposa en la paz del Bien; que medita al resplandor de la Verdad. Hay algo que está presente en la simple transparencia de este ser que llamamos Cristo y que nació bajo unas alas angélicas, del contacto de un lirio y una mujer.

Resplandecientes epopeyas, poemas titánicos, verdades como abismos, pueblos retorcidos como sierpes por milenarias tempestades, manantiales de odio brotando de la ansiedad humana, civilizaciones enclavadas como Cristo al madero de un dolor; y todo ello se paraliza un día, se diluye en la decoración de una noche estrellada, se filtra en el hálito de un buey y de una

mula, y como beso maternal sobre una frente, tiembla cuando nace en un montón de paja, un niño que traía el Universo en el corazón.

Era un ser de luz, de amor, de dolor, el cual vivió poco tiempo y dijo con belleza pocas palabras. Un día, convirtió un poco de agua en vino y el vientre de una prostituta en lámpara votiva; fué perseguido y murió martirizado para hacer sentir a los demás hombres, con una tragedia que los

horrorizara, que eran hermanos y que el perdón los uniría. Y para hacerles comprender que la fraternidad, flor de la conciencia, daría el fruto de que se nutren los espacios y los tiempos, los universos y los dioses. Era un camino, una vida y una verdad. La concentración, pues, en un ser superior, de otra triple manifestación. Era un camino blanco y luminoso...

OMAR DENGÓ.

Marzo de 1923.

¿Qué habrá sido de ella?

Comprendéis, comprendéis, señor, lo que significan estas palabras: «no tener ya adónde ir». ¿No? ¡Todavía no comprendéis esto!...

«Crimen y Castigo»

TH. DOSTOÏEVSKY

Se llamaba Ramona, como se llaman muchas de esas mujeres del pueblo que uno se encuentra a menudo en el camino—atareadas y humildes en el cumplimiento del deber cotidiano—el cabello lacio recogido de cualquier modo, a prisa porque coge tarde, calzadas sin coquetería, por cubrirse los pies no más, con unos zapatos torcidos, la punta vuelta hacia arriba, en demanda de resignación a Dios. Ramona, nombre bueno para un pedrón de la calle! A las madres, en el pueblo no les queda tiempo de leer novelas ni de ser románticas, y dan a sus hijos el nombre del santo del día en que nacen, y rara vez ponen el magín a decidir entre una Julieta y una Roxana o un Marco Tulio y un Rolando. Su filosofía natural y recóndita les aconseja llamarlos con los nombres casi siempre duros, cándidos o bobalicones de los mártires, y aguantadores de vainas, que llenan el calendario. Lo más probable es que lleven una existencia semejante a la de esos bienaventurados, si bien nadie los canonizará aunque al desenterrarlos encuentren que la muerte respetó más su cuerpo que lo que lo respetó la vida, y jamás su imagen rodeada de aureola aparecerá en altar alguno.

Así pues, esta criatura se llamaba Ramona y era una de las tantas sombras heroicas que pasan por esta vida soportando casi en silencio el peso de la Santa Pobreza, vieja doncella enjuta e hipócrita con huesos y manto de plomo, que no se sabe cómo pudo hallar gracia ante los ojos de San Francisco de Asis.

Llevaba ya quince años de casada y

diez partos, lo cual la había convertido en un ser desvaído y escurrido. La maternidad se había encargado de exprimir de su cuerpo el encanto y la carne de su juventud, todo ello trasegado ahora en aquellos ocho cantarillos humanos, en sus ocho hijos, de trece años el mayor. Sólo ánimo le iba quedando a la infeliz.

Madrugaba más que el alba para poder dar abasto con el trajín que diez cuerpos demandaban y cumplir con las ropas ajenas que lavaba y planchaba ¡Cuántas noches no supo lo que era poner la cabeza en la almohada por estar arrollando cigarrillos de encargo o dándole a la plancha! Y esto, estuviera como estuviera, en ocasiones con las piernas tan hinchadas cual vástagos de plátano. Y no había más remedio, porque al pasmadote de su marido se le paseaba el alma por el cuerpo y no era capaz de salir avante con semejante ejército.

Eso sí, él siempre dormía sus noches desde el toque de queda en los cuarteles hasta que el pito de la estación del Atlántico anunciaba las seis de la mañana.

Pero él no tomaba en cuenta esos sacrificios y si no podía trabajar como era debido en vista de los ocho picos siempre dispuestos a engullir, sí tenía

BUSQUE el próximo «CONVIVIO DE LOS NIÑOS»: *Cuentos viejos*, por MARÍA DE NOGUERA. Son cuentos populares recogidos en Santa Cruz de Guanacaste. Puede ser un libro de lectura para sus hijos o alumnos. Precio probable del ejemplar: ₡ 1.25 ó ₡ 1.50.

SASTRERIA

J. A. GRANT

125 vrs. al sur de la "Nueva Botica de San José"
de Mariano Jiménez

ESTILO CORRECTO
CORTE ELEGANTE
PRECIO MODICO
TRABAJO GARANTIZADO

fuerzas para insultarla a cada rato y hasta para maltratarla de hecho si así se le antojaba. Y sobre esto la suegra, ¡Santo Dios! que no la podía ver ni pintada en la pared, porque creía que su hijo había descendido desde el trono del Altísimo al profundo abismo en donde Ramona había nacido, para casarse con ella. ¡A saber las malas mañas de que se había valido la tal por cual para engatusar a su muchacho! Siempre le estaba sacando los ojos con su otra nuera. Esa sí era toda una señora, de la misma clase de ellos, si no es que un poquitín más elevada.

Y esta vida de trabajo y tormentos, añadida a cierta irritación nerviosa debida a sus muchos alumbramientos, habían terminado por agriar su carácter. Le costaba ya hablar con dulzura a los niños: los amenazaba a gritos por naderías y sin motivo les sacudía el polvo. Los mayores le tomaron por ello cierta inquina, se declararon sus enemigos y cuando los castigaba, la amenazaban con irse a vivir donde la abuela. Tiraban para allá porque era mujer de buen pasar. Allí nunca tenían hambre, y su tía, la nuera, señora a quien Dios no diera hijos, los mimaba. Esto ponía fuera de sí a Ramona.

¡Ay!, aquella vieja bandida y aquella otra inútilona con nueve años ya de casada sin saber lo qué era echar un hijo al mundo. ¡Eso sí podía, jalar los ajenos!

Cada hora de almuerzo y de comida era una borrasca: el hombre vociferaba, ella lloraba y el histerismo la convulsionaba, los pequeños gritaban y huían como pollitos perseguidos.

El la había despedido muchas veces:

—Anda, vete; anda, vete de aquí. No haces falta. Los chiquillos estarán mejor con mi mamá y con Lola que con vos. Aquí no haces falta.

Por fin un día no pudo más.

—Sí, sí, valía más separarse. ¡Eso no era vida y el mal ejemplo para los chiquillos! ¡Qué se los llevaran, que la dejaran sola! ¡Ella sabía trabajar, se concertaría!

Y se fué al solar a dar gritos. Los niños la miraban con terror y ni Pedrillo, que era el más apegado, ni Juancito, el menor, que siempre andaba colgando de ella como un arete, quisieron acercársele y la contemplaban de lejos lo mismo que a una extraña.

Cuando se calmó volvió a la casa y encontró todo revuelto. El marido estaba cargando en un carretón lo más pesado: la mesa, el armario, las cuatro sillas, las camas de los niños, la cama de matrimonio. ¡La cama en donde nacieron sus diez hijos!

¡Dichosos los dos muertos! ¡De las que se habían librado! ¡Dichosos de ellos!

Las cosas menudas las llevaban los niños. Se asomó a la puerta a verlos partir. Ninguno le dijo adiós. Iban uno tras otro; parecía un caminito de hormigas: unos con los cuadros de los santos, otros con motetes en la cabeza. Hasta Juancito llevaba algo: el candelero de hojalata, con un cabo de candela todavía pegado. La candela que la noche anterior había alumbrado la última vigilia al lado de sus chacalincillos.

Caminaban despacio por la carga y porque Juan —de la mano de María, la mayor de las mujeres, — no podía marchar aprisa.

La cabecita rojiza de Pedro iba al frente de la tropa y oscilaba semejante a una llama que fuera alumbrándoles el camino.

—¡Pedro, Pedrito!—gritó Ramona.

Pedro se detuvo y quiso volverse, pero Nicolás, el mayor, le metió un pellizco y el chiquillo emprendió carrera y desapareció.

—¡Nicolás, Nicolás!—llamó la madre. El muchacho ni siquiera volvió la cabeza y cruzó con paso rápido la calle, porque ya le preocupaban las apariencias y no quería que la gente lo viera

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

a la cabeza de la procesión de mocosos. —¡Juancito! ¡Juancito! ¡Mi muchachito!

El chiquitillo comenzó a llorar con voz lastimera y no quería caminar, María lo llevó de rastras y hasta que cruzaron, Ramona entrevió la sucia carita vuelta hacia ella.

Con las manos en la cabeza entró. El marido salía con los últimos trebejos.

Le dijo irónico:—Te dejo lo que llevaste el día en que nos casamos.

La casa estaba vacía. Ella nada había llevado consigo el día que se casaron.

¡Era tan pobre! A no ser que su juventud y su frescura que habían quedado enredadas en los abrojos del camino.

.....
Anochecía. Las piezas se llenaban de silencio y de sombra.

Ramona se metió en la cocina y se dejó caer en una piedra abandonada en un rincón. Lo único vivo en torno suyo era una brasa que había quedado entre las cenizas del hogar. Y la mirada de la pobre mujer se agarró ansiosa de aquella luz mortecina y su corazón se tendió, como un animal herido por el frío, hacia el pedacillo de calor que brillaba en la oscuridad.

En su cabeza giraba un torbellino. Ella era un árbol, el viento había desprendido todas sus hojas y éstas daban vertiginosas en torno suyo. Los dientes castañeteaban.

¡Qué frío hacía, Señor mío Jesucristo!

En alguna parte, ¿dónde?, un desfile de cabezas infantiles...

Una tenía el cabello rojo y parecía un fogoncito. Esa era la que estaba allí cerca de ella, entre la ceniza.

En el silencio, ocho pares de piesecitos golpeaban al caminar sobre el empedrado.

Pero el empedrado ¿no estaba dentro de ella, en el corazón?

La brasa acabó por extinguirse entre la ceniza.

CARMEN LIRA

1923.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

El Convivio

y las otras ediciones del señor García Monge, se hallan depositadas en la Librería de los señores SAUTER & Co.

Más ejemplares de la nueva obra

POR EL ATAJO...

del famoso poeta colombiano

LUIS C. LOPEZ

hemos recibido para la venta.

Precio del ejemplar: ₡ 5-00.